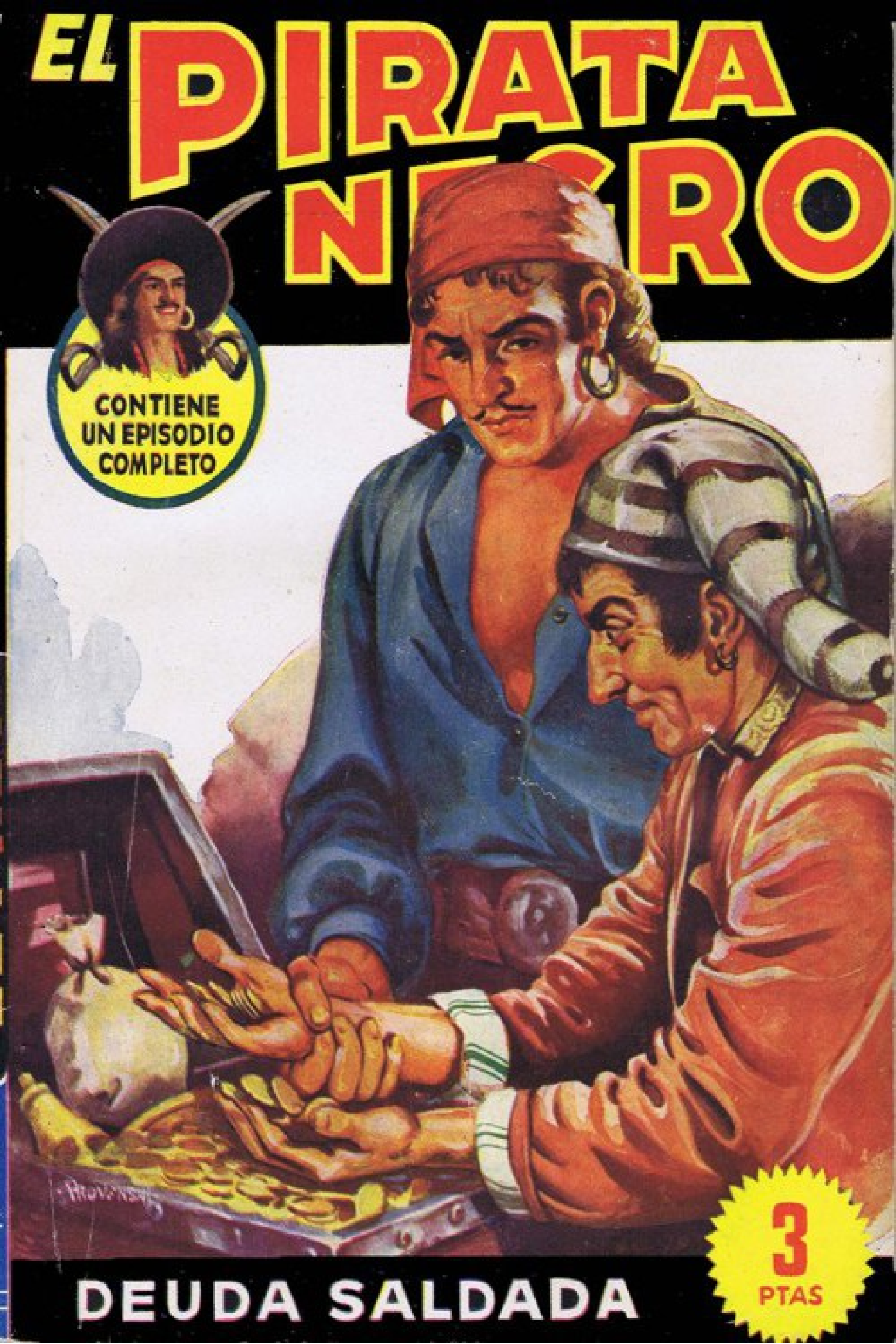
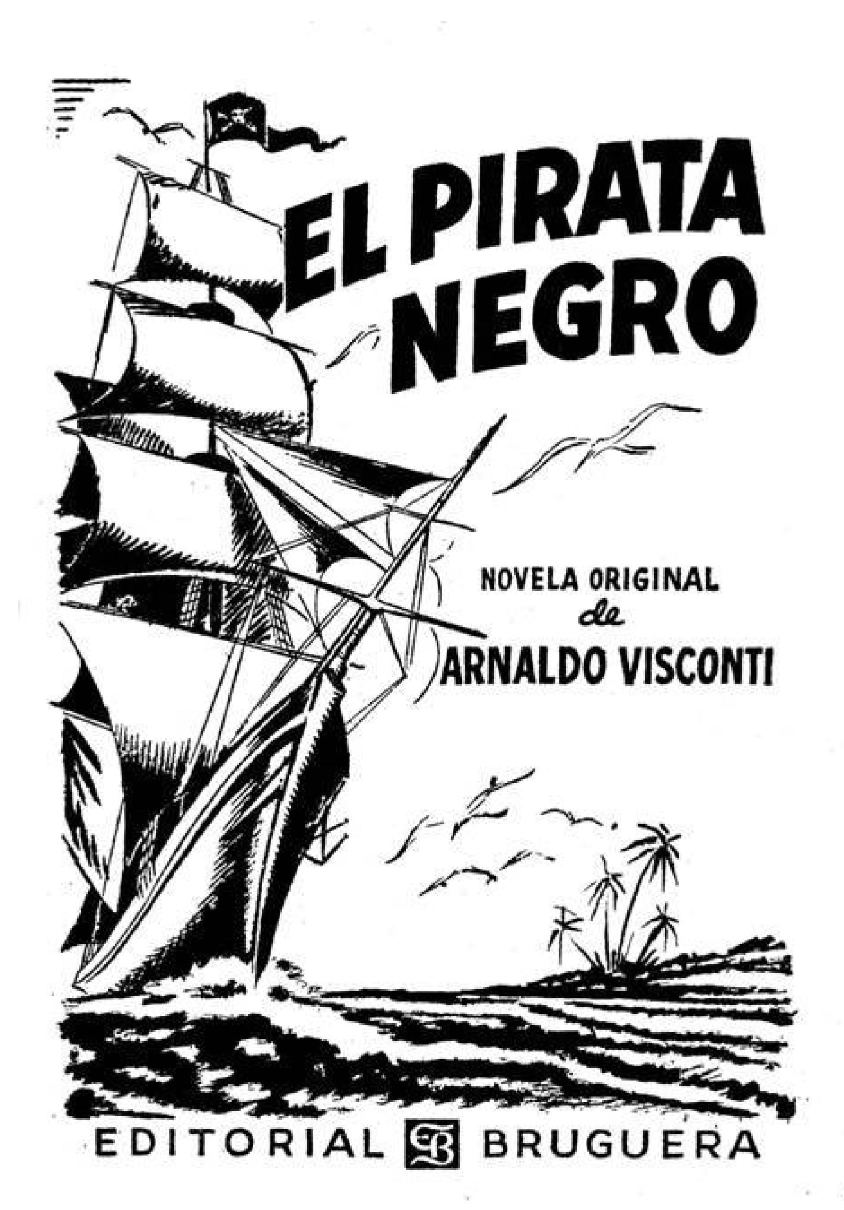

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3 PTAS
DEUDA SALDADA



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Deuda saldada

Colección El Pirata Negro n.° 22

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


DEUDA
SALDADA

CAPITULO PRIMERO

Diego Lucientes y su hija

En la pequeña bahía sólo anclaba un bajel. Un bergantín de recia estampa y sólida construcción, cuya silueta demostraba que procedía de un astillero francés.

Pero en la proa lucía una enseña muy española. Únicamente una palabra: “Madriles”. En cubierta, sus numerosos tripulantes dedicábanse a diversos pasatiempos, terminada ya la faena matinal de limpieza.

Un robusto bretón de impasibles rasgos faciales paseaba vigilantemente de grupo en grupo, porque para Ankou Kerbrat la disciplina estaba ante todo y aun en los ratos de ocio debía ser respetada.

Los componentes del Tercio de los Aventureros enrolados como tripulantes del “Madriles”, y bajo las órdenes de Diego Lucientes, no se detenían a razonar los motivos por los que llevaban ociosos varias semanas, sin que el bergantín levara anclas.

Algunos, más sagaces o maliciosos que los demás, pretendían Que el “capitán pelirrojo” había hallado el mejor de los tesoros en la hija del Virrey de Puerto Rico, y que la prolongaba inactividad del bergantín se debía a la perspectiva de futuro casorio.

Otros decían que si el anclar en aquella bahía, al norte del puerto de la capital, había sido empresa fácil, el abandonar las aguas españolas iba a resultar menos hacedero.

Se basaban en la discreta pero continuada vigilancia que desde las lomas vecinas efectuaban varios soldados españoles.

Ankou Kerbrat, el bretón lugarteniente de Diego Lucientes acallaba los comentarios cuando los oía. Afirmaba que uno de los postulados de toda disciplina, es callar, comer, dormir, trabajar y no

ingerirse en la vida privada del capitán y propietario de la nave.

Exteriormente, Ankou Kerbrat conservaba una impasible frialdad siempre que se presentaba ante su capitán requerido para alguna orden.

Pero, íntimamente, el bretón empezaba a tomar cariño al que, a la vez, sabía ser un jefe sin intransigencias despóticas y matizar con burlona sonrisa los severos castigos que justamente imponía al menor quebranto de la disciplina.

Y, por eso, Ankou Kerbrat miraba afectuosamente desde lejos a la pareja que paseábase por la playa solitaria, a un centenar de metros del lugar donde anclaba el bergantín.

El paseante era un individuo alto de anchas espaldas y esbeltas piernas, vestido con atildada elegancia. Quizá algún detalle proclamase un cierto desaliño estudiado y extravagante.

La casaca amarilla, rígida en su corte, enmarcaba una camisa de coleto de la que desbordaban los encajes. Los pantalones azules hundíanse en altas botas mosqueteras de media vuelta, de brillante negro charolado. La espada ostentaba en la guarda verdes fulgores de esmeraldas. Y la culata de la pistola estaba damasquinada y labrada en oro.

El tricornio azul destacaba los rojos cabellos, y Diego Lucientes sabía ya que colocando su bíceps izquierdo pegado al costado, parecía que llevaba el antebrazo cruzado tras la espalda, ocultando así la ausencia del tal antebrazo.

Junto al madrileño caminaba una chiquilla, acompasando sus menudos pasitos a la zancada del manco pelirrojo. .

Gaby Lucientes de Civry rondaba los seis años y había heredado de su padre una natural y aguda listeza. También poseía en los ojos azules la desfachatez que caracterizaba los ojos pardos del madrileño,

Y si la niña parecía una muñeca en miniatura vestida a semejanza de las mujeres con su corpiño amarillo y sus sayas azules que rozaban sus zapatos de hebilla dorada, igualábase a su padre en la amplitud de la boca y en el matiz rojizo de sus largos cabellos.

Por entonces Gaby Lucientes de Civry estaba intrigadísima. Luchaba por entender algo que escapaba a su imaginación. Y de vez en cuando alzaba el rostro dispuesta a hablar, pero la cohibía percibir en su padre una expresión de profunda intriga, como si

también él meditara sobre algo que no acertase a comprender.

Coincidieron los dos en mirarse de soslayo, y Diego Lucientes se detuvo.

—Estás hoy muy silenciosa, Gaby. ¿Desayunaste tu propia lengua?

—Desayuné lo de siempre, papá— dijo ella con su vocecita chillona, aunque firme—. Soconusco frailuno, crujientes con oleaginosa, y láctea, con migajones empapados y borrachos.

Diego Lucientes pellizcóse el labio inferior, dubitativo.

—Quiero advertirte una cosa, tormento mío. Tienes tan sólo seis, años, y es feo escuchar tras la puerta de mi camarote.

—Hablábamos del desayuno, papá —dijo ella, bajando la cabeza.

—Y yo te digo que no debes escuchar tras mi puerta. Porque acabas de bautizar con motes el rico desayuno que tomas todas las mañanas.

—Yo de motes no sé. Pero como tú le dijiste a Ankou una mañana que yo no debía dejar ni miga en la bandeja, y también dijiste que...

—Yo soy mayor y puedo llamar a las cosas como se me apetezca. Pero tú aguardarás a crecer para emplear términos impropios de una doncellita. El soconusco frailuno se llama chocolate, las crujientes con oleaginosa son pan tostado con aceite, y la láctea con migajones empapados hasta la borrachera, es leche con pan. ¿Comprendido?

—Sí, papá.

—Entonces, ¿qué desayunas todas las mañanas?

—Chocolate con pan tostado y aceite, y leche con pan migado.

—Eso es—y Diego Lucientes pasó la diestra por los cabellos de su hija—. Quiero que cuando seas mayor, Gaby, te envidien las otras damas por tu finura. Y para eso es preciso que no repitas las palabras que yo diga y tú no comprendas.

—Padre: dijiste una vez que educarme era más difícil que surcar un oleaje tempestuoso montado en el lomo de un tenedor. Y también dijiste que aquello que no comprendiera me lo explicarías.

—Naturalmente, tormento. Para eso soy tu padre. Para explicarte cuanto no comprendas, si es que yo lo comprendo.

—Los mayores lo comprendéis todo.

—No, hija—y el madrileño suspiró. —Hay cosas que no las comprende ni el diablo. ¿Qué quieres que te explique?

—¿Por qué se fueron don Carlos y Carlos?

Diego Lucientes repitió su gesto dubitativo. Se pellizcó el labio inferior, mirando desde lo alto a la muñeca que le contemplaba fijamente.

—Don Carlos Lezama tenía quehaceres urgentes que reclamaban su presencia en otro lugar. Y tuvo que llevarse a su hijo. Como ves, todo está clarísimo.

—Seré tonta, pero no lo veo claro, papá.

Diego Lucientes pensó mentalmente que prefería tener que habérselas con una decena de espadachines dispuestos a perforarle, antes que someterse al interrogatorio de su “niña prodigio”.

—Las niñas que, como tú, saben demasiado y preguntan siempre, no van, cuando se duermen para la eternidad al sitio donde van los angelitos.

—Yo, lo que digo, papá, es que no comprendo a qué jugáis don Carlos y tú. Primero, yo y Carlos estuvimos con don Carlos; después, Carlos y yo estuvimos contigo, y ahora Carlos se fué y... ¡que no lo entiendo! ¿Por qué, si don Carlos y tú sois amigos como hermanos, y Carlos y yo somos amigos como hermanos, no estamos todos juntos?

—Tantos don Carlos y Carlos me confunden, hija. Ya te he dicho que don Carlos Lezama tiene que hacer en otros lugares, y no va a dejar a su hijo conmigo.

—Bien lo dejó, y bien me dejaste que yo jugara con Carlos mientras tú no estabas.

—Ya volverán un día de estos o iremos con ellos—y el madrileño suspiró de nuevo—. Hace un día bonito. Mucho sol.

—¿Y por qué Sonsoles nos empujó a Carlos y a mí a un rincón obscuro de miedo, cerrando la puerta y riendo? [1].

—Era un juego. Lo hizo por vuestro bien. Y ya que de Sonsoles hablamos: ¿has pensado alguna vez en tu madre, Gaby?

—Pienso y rezo por ella. Me dijiste que se fué a esperarme al cielo.

—Eso es. Al cielo... Pero las niñas como tú necesitan siempre una madre. Te he ido educando sin asustarte con promesas de castigo. Te he dado bofetones cuando los has merecido...

—Y también nalgadas fuertes.

—También. Cuando las merecías, por ocultarme algo. Y siempre te he dicho que si dices la verdad no se te caerán los dientes ni tendré que azotarte. Vas a contestarme la verdad. ¿Te gusta Sonsoles?

—¿Y a ti?

—¡Maldita sea!... El que pregunta soy yo, que para eso soy tu padre. Y si llego a saber que ser padre es tan engorroso, no me caso. Porque hay momentos, niña, que te agarraría por una pierna, te voltearía y te arrojaría lo más lejos posible de donde yo estuviera.

Y, desfogada su irritación, el madrileño miró al horizonte, como tomándolo por testigo.

De pronto bajó la vista, y sintióse apenado al ver las mudas 1ágrimas que corrían por el semblante de su hija. Fingió no verlas, y volvió a mirar hacia lo alto.

—Lo que acabo de afirmar es falso, Gaby, y se me van a caer los dientes si no digo enseguida la verdad. Tú eres mi fortuna. Tú eres lo que más quiero, y si perdiera tu cariño, iría a la deriva como un barco sin lonas.

—¡Malo!...—susurró ella. Y, abriendo la boca en toda su amplitud, vociferó—: ¡Malo, malo!

Diego Lucientes contempló inquieto a su hija, que, sollozando ruidosamente, tendió hacia él un índice acusador.

—¡Tú... eres el malo!—hipó entre gritos—. ¡Me... quieres voltear por una pierna y...!

Diego Lucientes agachóse y con su brazo válido levantó en vilo a la pequeña manteniéndola contra su pecho, abrazada. Y aplicó los labios a su oído.

—Soy torpe, hija, me debes perdonar. Es que estoy preocupado y no sé ni lo que me digo. Yo también tengo cosas que ni las comprendo ni nadie me las puede explicar. Anda, sécate las lágrimas y los mocos en mi pechera...

Pero ya la niña había anticipado el permiso, y los encajes quedaron húmedos y arrugados de resultas de sus vigorosos frotes.

—Tú eres mi muñequita de carne, Gaby, y en los hombres como yo no hay mujer que valga lo que un pedazo de vuestra vida, inocente como tú, que nos redime de muchas culpas que cometimos antaño.

—No me gusta, pero si a ti te gusta me gustará a mí—recitó ella de un tirón, asiendo el cuello de su padre entre sus brazos y hablándole al oído.

—Veamos. ¿Qué lío es este, hija?— y de pronto, el madrileño pestañeó. Había comprendido. —¿Por qué no te gusta Sonsoles?

—No sé... La veo, y se me quitan las ganas de jugar, y no podría tampoco jugar con ella.

—Procuraré explicarte una cosa, hija. Tú has crecido entre hombres. Nunca jugó contigo una mujer... y desconfías de ellas. Yo quisiera que Sonsoles fuera tu madre...

—La mía está en el cielo.

—Y desde lo alto desea que tengas a tu lado el calor que sólo una segunda madre puede darte, sin que tengas que depender de mi torpeza. ¿Puedo contarte una conseja en la que juegan animales?

—¡Oh, sí!—palmoteó ella, instalándose mejor en el acunamiento del brazo.

El madrileño emprendió de nuevo el paseo, llevando en brazos a su hija. Conservaba una sonrisa alegre, pero en sus pardos ojos había cierta tristeza.

—Vagaba por esos mundos un oso sensible, que exteriormente llevaba una coraza de mucho pelo para protegerse del frío de las desilusiones. Mientras estuvo solo, bebía, rugía y peleaba sin preocupaciones. Cuando en su interior sentía frío de soledad, se revolcaba por el cieno... Pero he aquí que se encontró un día siendo padre de una osita muy linda y... muy preguntona. "Papá, ¿por qué es redonda la luna?", y Padre Oso iba contestando todas las preguntas. Pero a veces no sabía cómo contestar, y no quería mentir a la Osita. Y en el camino de Padre Oso y su Osita, se cruzó una bonita Osa de pelaje precioso. Y Padre Oso quería casarse con ella, pero pensaba: "¿Y si a mi Osita no le gusta?". Y Padre Oso venga cavilar, venga cavilar, porque era hombre con todos sus defectos, pero también era padre y quería serlo honestamente.

Calló el madrileño. Su hija le miró defraudada.

—¿Se acabó el cuento, padre?

—El Padre Oso sigue cavilando, hija. Dejémosle.

Gaby Lucientes forcejeó para demostrar que quería apearse. Diego Lucientes la depositó en el suelo.

—Me voy a bordo, papá. Voy a jugar.

—¡Ah, bien!—y el madrileño silbó hacia la lancha que esperaba en la orilla; uno de los marineros pisó la arena para ir en busca de la niña.

CAPITULO II

La hija del Virrey

Se alejaba ya la lancha hacia el bergantín llevándose a Gaby, cuando Diego Lucientes comprendió la razón de las prisas de su hija, que habitualmente regresaba a bordo casi a la fuerza, en los paseos matinales.

—Buenos días, señor capitán—saludó una voz melodiosa.

Y una linda amazona descabalgó ayudada por un soldado, que, reuniendo las riendas de los dos caballos, alejóse discretamente.

Diego Lucientes hizo una leve reverencia.

—La arena acalló las herraduras de vuestra jaca, Sonsoles. Hace un día hermoso. Mucho sol... y hay bruma en el interior de mi casco.

Sonsoles Ávila, hija del Marqués del Aguilar, Virrey de Puerto Rico, sonrió dulcemente.

—Temí al principio que recurrierais al tema de las conversaciones de los que no saben qué decir, hablando del tiempo. Pero, afortunadamente, habéis añadido algo original. ¿Qué le ocurre a vuestro casco, que en vuestro léxico marinero supongo significará vuestra alma?

—Mi hija os vió y huyó como si fuerais una peste blanca. Yo os veo, debería huir porque sí sé que sois 1a peste..., y me quedo contemplando lo bonita que sois... y que os mataría a gusto

—¿Matarme? ¿Por qué? — inquirió ella suavemente.

Diego Lucientes empezó a andar, como si no hubiera oído la pregunta. Sonsoles Ávila colocóse a su lado;

—No me hagáis responsable de los caprichos de una niña consentida y sabihonda.

—No cites siquiera a mi hija, Sonsoles—murmuró en voz baja el

madrileño—. Es pura como un manantial que nace en rocas que sólo las nubes escalan.

—Tú fuiste el primero en citarla. Mis labios ¿manchan el nombre de Gabrielle Lucientes? — preguntó, sarcásticamente.

—En efecto, querida mía—y el madrileño volvió a sonreír como habitualmente solía. De nuevo era el despreocupado ex estudiante, que con íntimo esfuerza se sobreponía al desconcierto de su vida. —Por más hija que seas de Virrey y Marqués, no eres digna ni siquiera de descalzar el pie de mi hija, que se llama Gabrielle Lucientes a secas, pero que será buena y poseerá la nobleza que tú no tienes: la nobleza de alma.

—¿La habrá heredado de ti? Tú, un aventurero sin escrúpulos, un pirata, un borrachín, un fullero que vuelca el naipe como se le antoja, un espadachín pendenciero...—y, acalorada, ella miró casi con odio al madrileño.

Diego Lucientes rió con honda carcajada.

—Acabas de citar mis cualidades, Sonsoles. Las cualidades que me hacen ser para ti el más perfecto de los maridos. ¿Cuándo nos casamos, víbora?

Sonsoles Ávila respiró aceleradamente, mientras Lucientes la miraba sonriente. Al fin, ella logró dominarse.

—Hay cosas que no comprendo, bandido pirata.

—Yo tampoco, y me aguanto, aristócrata asesina. ¿Hablas ahora con referencia a nuestro amor?

—Además de bandido, eres presuntuoso, canalla.

—Nuestro amor es dulce, florido, pleno de madrigales, Sonsoles —y repentinamente la diestra del madrileño asió rudamente por la muñeca a la bella española—. Escúchame una vez por todas, ángel del demonio. Si yo no estuviera estúpidamente enamorado de ti hasta el punto de que me estremece el verte, hace ya tiempo que mi bergantín habría zarpado. Me quedo porque quiero casarme contigo..., y tú te casarás conmigo porque confías en mi ausencia de escrúpulos.., para... llegar a ser la Virreina de Puerto Rico.

—Suéltame — dijo ella, sin desconcertarse—. Puedes hablar sin necesidad de emplear métodos rufianescos. El soldado podría vernos.

—Eso es—y el madrileño liberó la muñeca aprisionada, empujando el brazo femenino—. Las apariencias... Todo tu encanto

virginal, que es el pelaje de osa con el que encubres un alma que ni el peor de los bandido que he conocido poseía…

—Has dicho que yo quería ser Virreina de Puerto Rico. Podría serlo cuando mi padre muriera, pero afortunadamente vive, es fuerte y vivirá muchos años más, para bien de España.

Diego Lucientes la contempló en silencio, por un largo instante. Al fin, decidió callar lo que pensaba.

—Has empleado la expresión con que finalizan las instancias que se dirigen a altos personajes. Y recuerdo que yo, cada vez que empleaba esta expresión, añadía mentalmente: "¡A ver si te mueres pronto, bellaco!".

Ella cubrió con sus párpados un destello de sus azules ojos. Rebuscó en la escarcela que pendía del cinto de su falda-amazona. Extrajo un pergamino de fina textura.

—Lee, Diego Lucientes. Es la parte del mensaje que mi padre envía al Rey, y que habla de ti… y tu amigo el Pirata Negro.

Diego Lucientes cogió el pergamino. Lo estudió.

—No hay encabezamiento ni firma.

—Es copia de los párrafos que te pueden interesar.

En voz alta, leyó Lucientes:

"Gracias a la ayuda de un español aventurero llamado Diego Lucientes, pudo Puerto Rico librarse de la suerte que le esperaba a manos de los filibusteros americanos. Los jefes de la expedición pirata fueron ahorcados, Y, haciendo uso de la facultad que Su Majestad me confirió al nombrarme Virrey de Puerto Rico, y en pago a anterior acción del apodado Pirata Negro, le condené a galeras de por vida.

"Por artes infernales aún no esclarecidas, el Pirata Negro dió muerte a todos los cómitres de galera, apoderándose de ella, y a traición atacó nocturnamente la ciudad. Aplicó tortura a vuestro servidor, marcándome en la frente y en la mejilla con hierro candente.

"Destruyó después el pabellón de caza de los jardines de la residencia, huyendo después de incendiar la galera. Es relato de cuanto ha ocurrido y que fielmente os hago como súbdito y vasallo que debe informar a Su Majestad aun de los hechos adversos que…"

—Bien. Aquí terminaste de copiar, espía. ¿Y para qué me hiciste leer estas monsergas? Es al Rey a, quien toca tomarse la molestia de echar un vistazo a eso, si es que sabe leer,

—No lo leerá… porque este mensaje no llegará a su destino. Lo

he interceptado. El Rey no puede ordenar que mi padre cese en el Virreinato por negligencia o incapacidad...

—No puedo decir que conspiras contra tu padre. Pero no es, ni mucho menos, por amor filial por lo que lo haces. Temes que, siendo destituido tu padre, vuelvas a ser una hija de marqués, y nada más.

—Siendo como soy, harto honor te hago con permitir que te cases conmigo. Muchos son los que, siendo más agraciados que tú, más ricos y más caballeros, aspiran a mi mano.

—Y a mí me tocará la desgracia de llevarte al tálamo nupcial. Pero, aunque sea manco, feo y sin arrumacos de cortesano pulido, tú aspiras al honor de que mi única mano se pose de vez en cuando sobre tu cara, más o menos fuertemente. Y, entre insultos y caricias, nuestro amor será delicioso. La mujer que, como tú, hizo que dos hermanos se mataran entre sí...

—El otro murió en galera—corrigió ella suavemente.

—...¡halla en mí digno esposo!—exclamó Lucientes, riendo sarcásticamente. Y bajando la voz, brillantes los ojos, susurró: —Por ti me encanallo, Sonsoles. Pero... ni siquiera tu hálito empañará la tez de mi bija. Ella quedará a bordo, y para ella viviré las mañanas soleadas. Para ti, mis tardes sombrías y mis noches de amor tortuoso. Pero no te acercarás a ella, ¡que no quiero comedias! A ella no puedo mentirle, diciéndole que tú puedes ser madre suya, porque ella es toda rectitud y pureza.

—Os ponéis sentimental, capitán Lucientes. Os cuadra mejor vuestro habitual temple.

—Cierto. Excusadme, linda Virreina. Siempre he preferido presentar un semblante risueño a los acontecimientos y a las víboras. Es agradable pasear por la playa en vuestra compañía. A mi zurda, mi barco, a mi diestra, mi futura esposa. Barco y marquesa. Soy un hombre afortunado. ¿Y qué cuentan por la ciudad, Sonsoles? ¿Cuáles son los chismorreos acerca de la boda que tuvisteis a bien anunciar cuando el Pirata Negro surcó la frente y la mejilla de vuestro padre con un puñal ardiente?

—Dicen que pude elegir mucho mejor, siendo tantos los caballeros que por mí suspiran. Dicen que vos, si bien sois en parte el salvador de la ciudad y hombre elegante y adinerado, sois, sin embargo, un aventurero sin blasones.

—Los reemplazo por las talegas..., y para vos mi mejor blasón es mi falta de escrúpulos. ¿Qué más dicen?

—Hablan de vuestro antebrazo perdido.

—El otro bastará para abrazaros.

—¿También para velar contra los muchos que por mí...

—...suspiran? También.

—Hay un caballero que ha jurado que vos no seréis mi esposo.

—¡Ojalá pudiera ser verdad! Pero estoy envenenado, Sonsoles..., y tú lo sabes. Te deseo con todas las fuerzas de mi loco temperamento...

—Cuando nos hablamos de “vos”, no permito las ordinarieces. Os decía, señor capitán, que hay un caballero qua ha jurado retaros en duelo hoy mismo.

—Dos pelean cuando dos quieren. Por ahora, sólo hay uno.

—Es el alférez Cimarro. Tuve la debilidad de sonreírle un día... Se ha permitido decir que soy una coqueta que engaño a todos con mi aspecto.

—Tiene listeza el mozo. Y a mí ¿qué? Que se mate con su sombra si le pica la mano.

—Estimo que tendréis que matarlo, capitán Lucientes. Ha dicho algo sobremanera injurioso de vos. Pero... os lo dirá él mismo. Prometió anoche en el cuerpo de guardia que hoy vendría aquí a retaros. No creo que pueda tardar mucho.—Y Sonsoles Ávila miró la altura del sol.

Diego Lucientes sonrió, pero al hablar mordía las palabras...

—¿Buscas en mí otro Hernando Inchausti del Olmo, pécora? ¿Necesitas desembarazarte del tal Cimarro? No cuentes conmigo...

Ella tendió el oído hacia el lado distinto de donde estaba Lucientes. Aplicóse la bella mano tras el pabellón de la oreja como quien espera percibir un ruido lejano...

—Tarda el alférez Cimarro, capitán Lucientes. Sin embargo, un español nunca falta a sus bravatas, y prometió venir a mataros esta mañana.

—Es pronto para que empecemos las felonías, Sonsoles. El Cimarro podrá desear matarme, pero yo no pienso dejarme, ni pienso matarle. Puedes tenerlo por seguro.

Ella señaló un distante punto blanquecino en la carretera de la costa, que procedía de la ciudad.

—Supongo que será el polvo que levanta el galope del caballo en que llega el hombre que os va a desafiar.

Diego Lucientes se detuvo mirando la silueta del jinete que poco a poco iba siendo visible, hasta que, tras encabritar su montura en alarde impetuoso, un alférez de Infantería descabalgó de un salto.

Era un joven de atlética prestancia, que avanzó por la arena, descubriéndose ante Sonsoles Ávila.

—A vuestros pies, señora. Soy vuestro servidor y desearía haceros un ruego. Tengo que hablar a solas con el caballero que os acompaña.

—No pienso irme, alférez Cimarro. Anoche cometisteis varias imprudencias que, si mi buen nombre y mi intachable fama no fueran muy acrisoladas, podrían haber puesto en entredicho mi reputación.

—De vos nada dije, señora. Os lo juro.

—Pero lo hicisteis indirectamente al hablar de mi prometido y futuro marido.

—Ese soy yo—sonrió Lucientes—. Y hay cierta regla de cortesía que exige que cuando un caballero habla a una dama acompañada, pide primero permiso a quien la acompaña. Y el que la acompaña soy también yo. ¿No os disteis cuenta, señor Cimarro?

El alférez miró hoscamente al madrileño.

—No quiero emplear la menor cortesía con vos, porque sois indigno de ella.

—¿A quién os referís al asegurar que soy indigno? ¿A ella, la mujer que nos escucha o a la cortesía ausente en vuestros modales?

—A ambas cosas—y el militar inclinóse delante de la hija del virrey: —Señora, vuelvo a suplicaros que os dignéis marcharos.

—¡Demontres! Aquí el que se va a marchar vais o ser vos, señor Cimarro. Hace mucho sol y se me calientan los cascos.

La sonrisa esperanzada de Sonsoles Ávila aplacó instantáneamente el estallido colérico de Lucientes. Sonrió también.

—Perdonadme, señor alférez. Os presento mis excusas. Hay quien está interesado en que os mate... y por eso os voy a perdonar la vida.

Aquella manifestación sonó en los oídos del militar como una bravuconada burlona; quitóse la capa, que dejó caer al suelo. Dejó encima de la capa su chambergo, y descalzando el guante diestro, lo

arrojó contra el rostro del madrileño.

Diego Lucientes cogió al vuelo el guante retador, y lo entregó a Sonsoles Ávila.

—A vos os pertenece el guante, señora, porque este caballero está a las órdenes del Virrey. Ordenadle por delegación que se retire.

—¿Os encubrís ya tras las faldas de vuestra prometida, señor aventurero?—preguntó, el militar avanzando un paso y atormentando la guarda de su espada—. ¿No habéis comprendido que vengo a retaros en duelo? ¿No os basta mi guante?

—Escaso motivo es para que yo os taladre de parte a parte, señor alférez. Un guante me tiene sin cuidado. ¿Por qué queréis cruzar vuestro acero con el mío?

—No os lo puedo decir delante de una dama. Formalmente os reto a muerte.

—Y yo formalmente os invito a que os larguéis con viento fresco, señor alférez. Ni me habéis agraviado ni yo os he agraviado. Conque dad media vuelta y que se calme vuestra sed bélica en cualquier tabernucho de la ciudad.

—De tabernuchos procedéis vos, señor aventurero. Y si no estuviera presente esta dama, otras cosas os diría.

—Decidlas — exigió Sonsoles—, ya que vuestra conducta es impropia de quien ayer noche se jactó de que mataría a mi prometido.

—No la escuchéis, señor alférez— intervino Lucientes, conciliador—. Está tratando de ofenderos.

—Vos me parecéis un cobarde, al cual tendré que cruzar el rostro a latigazos—se engalló airado el militar, dando otro paso.

Diego Lucientes retrocedió, pellizcándose el labio inferior.

—Me temo que os tendré que desarmar, señor alférez.

—Y yo lamento hacerle un honor exagerado a un manco rufián cazador de dotes que se ampara tras una dama para salvar su vida, pero descubriendo toda su cobardía.

—De acuerdo, alférez. Soy manco, y es cosa que está visible. Rufián, no sé. Cazadotes, vos lo decís. Cobarde, lo parezco. Ahora, largaos, que ya estamos de acuerdo.

El alférez Cimarro recogió su chambergo, que ondeó delante de Sonsoles Ávila.

—Con tal marido, señora, vuestro balcón oirá mis serenatas nocturnas. Vine y he cumplido. No es culpa mía si habéis elegido por prometido a un manco cobarde y rastrero.

Diego Lucientes, no hizo más que un gesto. Un salto hacia delante y su bota fué a chocar contra la superficie que el alférez presentaba al inclinarse ante Sonsoles Ávila.

Alcanzado rudamente en la parte inferior de su espalda, cayó de bruces contra la arena.

—En lo de rastrero no estoy conforme—dijo Lucientes—. Por eso te he obligado a rastrear un poco, alférez.

Levantóse furioso el militar, desenvainando frenéticamente. Su acometida impetuosa chocó contra la guardia cerrada de Diego Lucientes, que fué deteniendo las sucesivas estocadas.

El alférez Cimarro era hombre de armas y habituado a desafiar en duelo a cuantos no toleraban sus humores, siempre taciturnos y agresivos.

Fué haciendo retroceder al madrileño, prodigando una esgrima violenta de altibajos y mandobles que demostraban la fortaleza de su brazo.

—Id con cuidado, amigo—advirtió Lucientes, cuya frente empezaba a perlarse de sudor, ante el insistente y fuerte ataque—. Os podéis embrochar en mi pincho.

El militar continuó ceñudamente en su recio ataque de vertiginosa rapidez, en la sucesión de cintarazos envolventes y tajos cortantes que destinaba al cuello enemigo.

En uno de los lances, consiguió levantar la espada de Lucientes y se lanzó a fondo. Tuvo el madrileño que ladearse para evitar la mortal estocada, y al hacerlo, resbalando, cayó arrodillado.

Cimarro abatió su espada con todo su ímpetu sobre la nuca del contrincante. Lucientes detuvo de rodillas la feroz cortada... Un pie del militar se proyectó hacia delante, golpeándole en el pecho y derribándolo de espaldas contra la arena.



Su acometividad impetuosa chocó contra la guardia...

Saltó ferozmente hacia delante el militar con la punta de su espada dirigida a la garganta del caído. Encontró en su camino el afilado extremo de la espada y gritó espasmódicamente...

Una bocanada de sangre brotó de su boca, mientras la espada de Lucientes le salía por la espalda atravesando su pecho...

Púsose en pie el madrileño a la par que arrancaba el acero de su vaina humana... El alférez Cimarro se tambaleó, miró con los ojos velados por la muerte a la sonriente Sonsoles Ávila, y cayó de bruces, sin vida.

—Imbécil era el mozo—comentó Lucientes—. Bien le advertí que con su forma de pelear se iba a matar él mismo. ¿Estás contenta, ángel mío? —murmuró roncamente—. Una boca más que callará...

—Pero la tuya siempre habla—replicó ella.

—Tus besos la acallarán.

Y bruscamente, el madrileño la enlazó besándola en los labios, mientras ella forcejeaba. La soltó tan bruscamente como la había enlazado, y Sonsoles Ávila, perdido el equilibrio, retrocedió hacia atrás.

—Esas libertades os las tomaréis cuando estemos casados,

rufián.

—Que sea pronto, encanto. Porque quizás me arrepienta, tome por la fuerza lo que por matrimonio me queréis dar, y zarpe lejos de donde vos respiráis. Y... ¿no os gustaría ser pronto Virreina?

Ella arreglóse los pliegues del corpiño y, sin mirarle, replicó:

—Mi padre os llamará para fijar nuestra boda en breve plazo. Hasta la vista, capitán Lucientes.

Y ella modosamente avanzó como quien está dispuesto a marcharse. Pero al pasar, con la vista baja ante el madrileño, tendió de pronto el brazo en raudo bofetón.

Diego Lucientes saltó hacia atrás riendo.

—Ya nos conocemos, Sonsoles. Inventa otra artimaña. Hasta la vista.

Los dos caballos marchábanse ya; el soldado llevaba atravesado sobre la montura el cadáver del alférez Cimarro, cuando Diego Lucientes pensó en voz alta:

—Me da pena, Diego. Ella te aseguró que matarías a ese imbécil, y lo has matado.

CAPÍTULO III

La boda de la hija del Virrey

Genaro del Aguilar, Virrey de Puerto Rico, aproximóse a uno de los espejos que en marcos dorados pendían de las paredes de su despacho.

Llevaba altiva y gallardamente sus cuarenta y cinco años. Erguido y fuerte, imponía su autoridad no sólo por la severa e implacable justicia que le reconocían sus vasallos, sino también por la hábil destreza que frecuentemente había demostrado desarmando y malhiriendo personalmente a rebeldes y enemigos.

Repitió maquinalmente el gesto que desde hacía varios días venía efectuando numerosas veces en el transcurso de la jornada.

Ante el espejo se palpó la reciente cicatriz que surcaba su frente en todo lo ancho. Una cicatriz honda y roja... por donde había pasado el puñal enrojecido al fuego que el Pirata Negro le había aplicado.

Después acarició pensativo las dos cicatrices, que, en forma de cruz se ahondaban en su mejilla. La segunda marca que le había infligido humillantemente el Pirata Negro ante toda la nobleza de Puerto Rico reunida en el salón de su residencia.

Separóse del espejo y regresó a su sillón al oír en la puerta la llamada del ujier.

—Adelante.

—El señor Diego Lucientes espera, Excelencia.

—Le aguardo.

Poco después, tricornio en mano, Diego Lucientes se detenía al otro lado de la mesa, ante el Virrey.

—Sentaos, señor Lucientes — invitó el Virrey—. Os he rogado que vinierais porque tengo que discutir con vos distintas cuestiones

difíciles de plantear; pero entre caballeros amantes de la veracidad, todo es más llano y fácil, ¿no es así, señor?

—Cuando vos lo decís, así será.

—Ayer mañana matasteis al alférez Cimarro.

—Se mató él, clavándose en mi espada. Más que atacarle, me defendí.

—Ya sé que fué en duelo, pero no soy tolerante con esta costumbre. Los españoles no deben matarse entre sí, sino luchar juntos contra el enemigo.

—Ahorradme vuestro parecer sobre el duelo entre españoles, señor marqués. Conozco ya sobradamente vuestras virtudes patrióticas, que admiro y no comparto.

—No alardeéis de sin patria y sin ley, señor—reprochó agriamente el Virrey—. Sois español y acudisteis en auxilio de Puerto Rico.

—Arrastrado por la seducción de vuestra hija. Y, como premio, desde que mi bergantín llegó, está vigilado por soldados vuestros.

—Era para evitaros la tentación de dar libertad a... al Pirata Negro. Éste la logró sin vuestra ayuda y por esto continuáis libre.

—No tan libre, puesto que he decidido encadenarme a vuestra hija.

—Ella es ya mayor y no puedo imponerle mis deseos. Creedme si os digo, señor Lucientes, que no me someto con agrado a que seáis mi yerno.

—Tampoco me alegra el teneros por suegro, marqués. Pero a la fuerza ahorcan... y me he enamorado irremediablemente.

—Vuestro cinismo atenúa la ayuda que un día recibí de vos en circunstancias extremas. ¿Conocéis a fondo a mi hija?

—¿A qué obedece esta pregunta, extraña en boca de un padre?

—No sois hombre para ella, señor Lucientes. No dudo de vuestra valentía. Yo gobierno una ciudad... y soy incapaz de gobernar a mi hija.

—No pretendo gobernarla. Me bastará con hacerla mi esposa. En amores normales, es costumbre pedir primero el consentimiento paterno. ¿Os lo pido?—sonrió el madrileño irónicamente.

Genaro del Aguilar torció la boca amargamente.

—Sonsoles mandó en mi voluntad desde que empezó a empolvarse el rostro.

—¿No había palos en vuestro palacio? Creo, sin embargo, recordar, que teníais unos lacayos que manejaban espléndidamente los leños[2]. No os hubierais rebajado si de vez en cuando hubieseis empleado argumentos contundentes contra vuestra hija.

—Será vuestra esposa. Allá vos. Ella pudo elegir mejor partido, y ella sabrá por qué os eligió. En el fondo, me agrada verla abandonar su prolongada soltería. Tiene ya veintitrés años, edad en que toda mujer debe estar casada. Me ha dicho que todo está en trámite y próximo a cumplirse. Habló con el padre Crisóstomo... y mañana por la noche se bailará en el palacio del Virrey, porque Sonsoles Ávila, la que ha de heredar mi título, va a casarse con el capitán Diego Lucientes. Si os diera un consejo, ¿lo admitiríais, señor Lucientes?

—Os lo oiría, que ya es bastante.

—Idos. Sois hombre rico y tenéis un bergantín.

—Aquello que poseemos no nos interesa, señor marqués. Deseamos aquello que sabemos que nos va a matar el alma. ¿No os dije ya que yo era amante de la Luna? Si no me comprendéis es porque estoy habituado a verter mis confidencias en Selene y sólo ella puede adivinarme. El resto de los mortales no puede entender toda la sensatez de mis locuras.

Genaro del Aguilar acaricióse la cicatriz en forma de cruz que llevaba en la mejilla.

—Vos estabais presente cuando el Pirata Negro me hizo esta señal. ¿Oísteis lo que dijo?

—Lo oí. Y tenía razón.

—¿Insistís en casaros con mi hija? Hablo por vuestro bien, señor Lucientes. Yo quiero a mi hija tal como es... y os aprecio a vos tal como sois. Cambiad el rumbo de vuestra existencia. El mar os aguarda, y en cada puerto hallaréis una aventura...

—¿Tenéis algo más que añadir? Tengo prisa por irme a dormir... y por casarme con vuestra hija.

Genaro del Aguilar pareció indeciso. Al fin, dibujó en el aire una vacilante figura con la mano...

—Ya no os molestaré más, señor Lucientes. Pero antes de marcharos, ¿queréis decirme cuanto sepáis acerca de la señora Mary Dear?

La mención de la mujer-pirata de Quelch[3] puso en guardia a

Diego Lucientes. ¿Habría el Virrey descubierto la verdadera identidad de la Bella de Boston?

—¿Qué es lo que deseáis saber de la señora Dear?

—Como Virrey me incumbe el deber de denegar la hospitalidad de mi ciudad a quienes no sean dignos de frecuentar el trato social de la gente honesta.

—¿No estoy yo en Puerto Rico?— dijo sonriente el ex estudiante.

—Ahorradme vuestras chanzas. ¿Quién es la señora Dear?

—La viuda de un marino inglés. ¿No os lo dijo ya?

—¿Es cierto que piensa retirarse a Inglaterra para llorar la muerte de su esposo en la soledad? Dicen que pretende aislarse de todo trato social,

—¡Lógica actitud de viuda honesta!

—¿Cómo vos… hombre de accidentada carrera y existencia, pudisteis conocer a la honesta esposa de un marino inglés?

—No es asunto que os importe, señor marqués. Supongo que para tranquilizar vuestra conciencia de Virrey os bastará saber que Mary Dear es una mujer por encima de todo reproche. ¿Algo más?

—Buenas noches, señor Lucientes.

Cuando se hubo marchado el madrileño, el Virrey volvió a acercarse a uno de los espejos. Pero más que sus rasgos, los que veía en el azogue eran los estatuarios y bellísimos trazos de la inglesa…

CAPITULO IV

La ex-pirata enamorada

Mary Dear ocupaba las tres mejores habitaciones de la mejor posada de Puerto Rico, regentada por el gallego maese Piñeiro.

Y su carroza, conducida por un lacayo de impecable librea británica, era ya conocida en la ciudad con el calificativo de “la nave de la orgullosa estatua inglesa”.

La secreta pena íntima de la mujer-pirata sólo era conocida de Diego Lucientes, quien, a raíz de su entrevista con el Virrey, decidió informar a la inglesa del peligro que creía adivinar en sus recientes preguntas.

Maese Piñeiro no puso el menor obstáculo a la pretensión del “prometido de la hija del Virrey” de ser recibido por Mary Dear, pero creyó prudente para el buen nombre de su posada asegurar:

—A fe de cristiano, señor caballero, que la señora inglesa nunca recibe visitas a estas horas de la noche.

—Harto lo sé, bellaco. Pero a mí me recibirá, porque soy como un hermano para ella: Su amigo desde la más tierna infancia.

Tal afirmación estaba muy lejos de la verdad, pero lo que ignoraba Lucientes era que la pirata inglesa había dejado de despreciarle con la hondura que le demostró en Quelch.

Casi sonrió Mary Dear al entrar el madrileño, y éste se detuvo a dos pasos de ella, que sentada en un diván, le señaló un escabel delante de sí misma.

—Buenas noches, Mary. Cuando sonríes, aumenta en tal grado tu natural belleza que, si te dieras cuenta de ello, sonreirías siempre; aunque creo que el valor de tus labios amables reside en la rareza de gesto en ti.

—No. puedo suponer que has venido para dar como siempre

rienda suelta a tu sempiterna galantería. “Florear” sin descanso es proverbial en los españoles, pero en ti es una enfermedad.

—Percibo en tu rostro cierta amabilidad, Mary. Antes solías recibirme de muy otra manera. Me intriga tu actitud. Tú y yo somos los que somos, pero tenemos cierta rectitud especial: La ley de los sin ley. ¿Estás amable porque temes que pueda decir quién eres?

—¡Estúpido!—dijo ella, mitigando la dureza de su palabra con una sonrisa—. Tu gran defecto es que eres enamoradizo y escoges siempre mal. Pero tu buena cualidad es que eres caballeroso a tu modo, y bien segura estoy de que nunca delatarías a nadie quien soy realmente.

—Entonces ¿por qué estás amable conmigo? Otro creería en inexistentes esperanzas, que le infatuarían. Yo no puedo, porque sé que tu corazón pertenece a otro hombre.

—Prefiero que me hables del motivo de tu visita.

—Decirte tan sólo que el Virrey acaba de interrogarme sobre ti. Debe de abrigar sospechas. Por lo que a mí respecta, le he tranquilizado, sobre tu absoluta... ¿cómo diría yo?..respetabilidad. Y la gente honesta tiene fe en los granujas como yo, cuando afirmamos que alguien es honesto.

—Tú te consideras listo, ¿verdad, Lucientes?

—Listísimo... menos cuando me enamoro.

—Pero la tontería te dura poco porque en tus ojos está tu carácter. Ojos pardos que denotan volubilidad, inconstancia, indecisión, hoy aquí mañana allí. Amas por espacio de dos meses con todas tus fuerzas, y después olvidas con igual intensidad.

—¿Dos meses?—y rió el madrileño. —A veces he amado por espacio de un año entero. Pero eran épocas en que estaba débil... ¿Y a qué obedece tu pregunta sobre mi listeza?

—Hay menudencias que sólo una mujer puede adivinar. Por ejemplo, percibimos claramente si un hombre se enamora de nosotras.

—No dudo de que son bastantes los españoles que desearían fundir con tu orgullo tu frialdad de inglesa, pero... —y de pronto el madrileño se dió una palmada en la rodilla, riendo sonoramente—. ¡No! ¡No me digas!.

—Nada he dicho... pero es lo que piensas.

—Que... ¿que don Genaro del Aguilar y otras hierbas... está

enamorado de ti?—volvió a reír divertido—. ¡Vaya con mi suegro!

—Percibo también cierta incredulidad en tu rostro.

—Verás. No quisiera que te ofendieras. Eres bella, seriamente bella. Causas honda impresión... pero yo creí que sólo los locos lunáticos como yo se enamoraban rápidamente. Y el Virrey tiene cuarenta y cinco años y es orgulloso para claudicar ante cualquier mujer, por bella que sea y por honesta que la suponga. Además, es casado.

—Hace dos noches tuvo a bien decirme en la Avenida de los Álamos que yo había causado en él una honda impresión, tal como tú has dicho. Repliqué que me honraban mucho sus palabras, pero que en Inglaterra una mujer estima como un insulto la frase amable de un caballero casado.

—¡Toma del frasco! ¿Y cómo recibió el estacazo?

—Se limitó a inclinarse, y desearme buenas noches.

—¡Qué lástima que esté casado, Mary! De lo contrario, serías Virreina y te sentaría bien el cargo.

—Tú puedes algún día ser Virrey, aunque sea por corto tiempo, si el marqués muriera. Creo que existe una ordenanza real disponiendo que por muerte del Virrey ocupe interinamente su cargo su hijo si lo tuviere, o al esposo de su hija. Algunos caballeros pretenden que con este afán rondas a la hija. Te llaman el aventurero soñador, porque sueñas una aventura imposible.

—¿Es acaso que el Virrey es inmortal? Lo cierto es que el virreinato me trae sin cuidado. Me caso con Sonsoles... porque sólo han transcurrido dos semanas desde que la quiero de nuevo. Fué mi primer amor, Mary. Y el diablo ha soplado en las cenizas, reavivándolas. Dentro de cuatro o diez meses ella me habrá matado, o yo la habré matado... o habré huido lejos de ella. Confidencia por confidencia, quiero preguntarte algo, Mary. No creas que se trata de una curiosidad impertinente. Es, ¡repámpanos!, es amistad que te profeso. En un punto nos parecemos. Dijiste que cuando me enamoro elijo mal al objeto de mis anhelos. También tú...

—Preferiría que te callaras.

—No puedo. Tú expusiste tu vida, y diste tu dinero para salvar a Carlos Lezama.

—También él, pudiendo colgarme por la muerte de su esposa, me dió vida salva y ordenó a sus piratas que me respetasen,

facilitándome un barco para irme lejos de Quelch.

—Hubo gratitud en tu gesto, de acuerdo. Pero late mucho amor en él, inglesa orgullosa. ¿Por qué no te fuiste con él cuando se marchó?

—Le pedí redención para mi vida, y me contestó que no podía dar a su hijo una madre con mi pasado. Y tenía razón. Por eso me quedé aquí. Tanto se me daba marchar a Inglaterra como volver a Boston o permanecer entre los españoles de Puerto Rico.

—¡Lástima, Mary! Creí… y perdóname, que el amor de Carlos Lezama te habría convertido en una mujer buena.

Ella rió por vez primera desde que el madrileño la conocía. Una risa ronca, agradable, pero con un dejo de amargura,.

—Todo Puerto Rico se hace lenguas de la honestidad de mi conducta. ¿No soy una mujer buena?

—¡Seguramente lo eres en el fondo, y también es cierto que, en apariencia, desempeñas muy bien tu papel de viuda de un marino. En fin, Mary Dear, que el destino te reserve sus mejores dones.

—El único don que deseaba no lo podré poseer jamás. Y hablemos de otra cosa. Ayer, por la mañana mataste en duelo a un militar. ¡Temprano demuestras tus celos!

—No fueron celos. Fué torpeza del alférez que, como una mariposa, vino a clavarse en mi alfiler. Y ya que estás enterada de lo que a mí me incumbe, ¿sabes que mañana por la noche en el palacio del Virrey se celebrará el baile de boda de Sonsoles Ávila con sincero servidor?

—¡Alto has escalado, Lucientes!… Cuanto más arriba se llega, más fuerte es la caída.

—Procuraré rodearme de almohadones. Y mañana por la noche procuraré fijarme en el Virrey, mi señor suegro. Por ser inmoral, velo mucho por la moral y tendré que reprocharle que siendo casado suspire por ti.

Levantóse Diego Lucientes e hizo un ademán poco frecuente en él. Cogió la diestra de la mujer pirata llevándola a sus labios. Ella recibió el beso, pero retiró prontamente la mano mirando al madrileño con extrañeza y fruncido el entrecejo.

—Emplea estos modales de cortesano mañana por la noche con las demás mujeres que están acostumbradas a ello,

—La costumbre no significa justicia. En tu mano veo

simbolizada la elegancia espiritual de una mujer que sabe amar y sabe sufrir en silencio. Buenas noches, Mary Dear. ¡Felices Sueños!

—Que los tuyos sean realidad y no se conviertan en pesadilla, Diego Lucientes.

Cerca ya del umbral, el estudiante volvióse.

—Alientan en tus palabras presagios fúnebres de pitonisa antigua, Mary. Sin embargo, voy a casarme con un ángel. Le faltan las alitas, ¿sabes?, pero es cautivadora y embriaga como un vinillo suave y dulce.

—Son los vinos traidores, Lucientes.

—He bebido muchos y de muchas cepas distintas.

—Sonsoles Ávila es un vinillo que te hará perder la razón, Lucientes. Deseo equivocarme. ¡Buenas noches!

—Bien. Conozco tu tajante rectitud, Mary. No insistiré, preguntando qué peligro has adivinado en mi futura esposa. ¡Buenas, noches!

Camino de la bahía donde anclaba el bergantín, Diego Lucientes silbaba melodiosamente. Pero su canción nada tenía de alegre. Levantó la cabeza, y en el negro dosel del cielo, entre las parpadeantes estrellas, divisó la redonda faz lunar.

—¡Buenas noches, amiga Luna!,. Hasta su padre me aconseja que huya. Y una mujer pirata me previene..., Lo sensato sería irme ¿no te parece, amiga Luna? Pero si yo fuese sensato, ¿dónde estaría el inquieto placer de mi existencia incongruente? Quiero que ella se rinda a mis besos, y. aunque me cueste la vida, Sonsoles Ávila será mi esposa. ¡Ah! ¿Estás riendo, maliciosa, Luna amiga? Haces bien en burlarte de mí. Pero tú tienes la culpa. ¿Por qué destilas plata de soledad en las noches?

* * *

En el vestíbulo del palacio del Virrey, los invitados pasaban entre dos largas filas de soldados, que permanecían inmóviles con sus pesadas alabardas.

Cada vez que entraba en la sala de recepción un invitado, lo anunciaba un heraldo. Los engalanados concurrentes semejaban un enjambre de abejas zumbando. Los comentarios eran diversos, pero todos coincidían en tildar de afortunado al aventurero madrileño.

Cuando el Virrey ocupó su sillón, la música comenzó a una señal suya. Empezaba el baile. Las damas y sus caballeros se aproximaban

y se alejaban con gravedad, cambiando graciosos saludos y sonrisas.

Las damas hacían la rueda, como los pavos reales. Los caballeros movíanse acompasada y lentamente. La música era dulce, ligera, como desvanecida.

En el ambiente flotaban intensos perfumes de musgo, ámbar, verbena y polvos de Chipre. La nobleza y la burguesía de Puerto Rico se reunían en su totalidad para presenciar la llegada de los esposos, tras la ceremonia de la boda, ya realizada.

En la carroza que les conducía al palacio, Sonsoles Ávila, que había ordenado al palafrenero de turno que sacase de las caballerizas el carricoche sin capota, ultimó sus advertencias:

—...una nueva vida empieza para ti, esposo mío. Olvida al aventurero y compórtate como quien ahora eres.

—Ya lo hago. El que antes era, te habría besado igualmente en esta carroza, por más descubierta que esté. Pero a todo señor todo honor. ¿Hasta qué hora durará el baile?

—Hasta las tres de la madrugada. Pero... nosotros tenemos licencia para retirarnos a las doce. Desde la primera campanada de la medianoche tenemos licencia para retirarnos.

—Emplearemos tal licencia.

—Para afirmarlo deberías contar con mi autorización.

—Hasta la medianoche seré un caballero cortés, Sonsoles. Pasada esta hora, me complaceré en escandalizar a los súbditos de tu padre.

—Nos retiraremos a la primera campanada de la medianoche.

Y por eso, cuando dando la mano a su esposa, entró Diego Lucientes en la sala de recepción, en medio del profundo silencio de los asistentes, en sus modales había distinción y devolvía atentamente cuantos saludos prodigaban a su esposa.

Genaro del Aguilar cumplió el rito, levantándose al subir la pareja al estrado. Colocó sucesivamente en cada uno de los dos hombros el extremo de su bastón insignia de autoridad.

Y cuando ambos se hubieron sentado uno a cada lado del sillón, sobre otros colocados un escalón más bajo que el del Virrey, éste dió la señal para que el baile continuara.

—La costumbre quiere que seáis vos quien abráis el baile, señor Lucientes—dijo el Virrey, dirigiendo su voz hacia el lugar ocupado por su yerno a su izquierda—. Pero hice saber a nuestros invitados

que vos no sabíais bailar pavanas y minués.

—Aprendí a bailar en mala escuela, señor. Pero procuraré en lo futuro tomar clases. Mi esposa me devolverá así las lecciones de idiomas que de mí recibe. Bella música..., aunque algo soporífera. No os alarméis, querida Sonsoles. Me guardaré bien de bostezar.

—También exige la costumbre que la desposada consienta en bailar alguna danza con los caballeros principales que la inviten tras solicitar vuestra aquiescencia.

—Esos caballeros principales suelen sobrepasar la cincuentena de año. Tienen toda mi aquiescencia. Seguramente este obeso y ventrudo anciano que se acerca mirándonos a mí y a vuestra hija, viene por mi aquiescencia.

Diego Lucientes correspondió en pie a la inclinación esforzada del caballero que solicitó el gran honor de bailar con la desposada.

—Honor que a mí también me hacéis, caballero — sonrió cortésmente Diego Lucientes, que volvió a sentarse cuando Sonsoles Ávila, con el brazo en alto, fuése hacia las parejas, apoyada la diestra en la mano del que acababa de invitarla.

Por dos veces sorprendió Lucientes la mirada del Virrey, que se posó fugaz pero expresivamente en un rincón de la sala: El rincón en que Mary Dear, sentada, escuchaba abstraída a distintos caballeros que, en pie a su alrededor, la hablaban, mirándose entre sí poco amablemente.

Y Diego Lucientes se pellizcó el labio inferior.

—Estoy poco versado en costumbres cortesanas, señor—le dijo al Virrey.

—Puedo informaros de cuanto deseéis aprender.

—¿Es de cortesanos galantear a una mujer casada?

—No veáis en la invitación que acaba de...

—No me refiero a Sonsoles. Suponed por un instante que yo, que ya estoy atado a vuestra hija con el dulce pero sólido cadenón del matrimonio, me enamorase de otra mujer. ¿Cerraría la corte los ojos y la boca si me dedicase a galantear y sitiar a la que no era mi esposa?

—Por decencia y por honradez, no podéis hacer tal cosa.

—Habéis citado dos cualidades que desconozco. Pero os estaba hablando en sentido hipotético al referirme a mí. Sé de un caballero que está enamorado... y es casado. ¿Qué creeréis que hará?

—Si es caballero y español, sabrá dominarse y ahuyentar su pasión innoble.

—Me tranquilizáis, señor marqués del Aguilar. ¡Bella música!... ¿Qué hora es?

—Rondan las once. ¿Puedo saber quién es la mujer de quien está enamorado el caballero a que os referíais?

—La dama inglesa: Mary Dear.

—¡Ah! Y él ¿quién es? Podéis decírmelo: os prometo el secreto.

—Se cita el pecado... Nunca el pecador, señor Virrey.

—Bien habéis citado a la dama.

—Porque es honesta y no es casada. Y por lo que a ella atañe, nunca sucumbirá al asedio de un hombre casado, por más caballero y encumbrado qué esté. Puerto Rico es pequeño, señor Virrey. Todo se sabe.

Genaro del Aguilar pasóse por la frente un pañuelo de seda.

—Creo que veis pasiones inexistentes a causa de un exceso de imaginación.

—Eso debe de ocurrirme. No pienso discutirlo. Ahí viene vuestra hija, que, por cierto, es mi esposa. Procuraré, pensando en ella, comportarme como un caballero español, y no enamorarme de ninguna dama inglesa o de donde quiera que sea.

—¡Sostenéis una animada charla! —dijo Sonsoles, sentándose.

—Le decía a vuestro padre, que por cierto es mi suegro, que nunca he visto bailar a un cisne, pero sí le he observado cuando se deslizaba sobre un lago tranquilo. Y vos bailáis como se desliza el cisne, Sonsoles. Conservaré los ojos clavados en vos... hasta la primera campanada de la medianoche, viéndoos deslizaros como un cisne. Después, solicitaremos del señor Virrey licencia para retirarnos. Nuestro hogar nos espera.

Cuando Sonsoles marchóse de nuevo a bailar, el Virrey alejó el tema de la precedente conversación, preguntando:

—¿Es cierto lo que Sonsoles me ha dicho respecto a vuestra hija, señor Lucientes?

—¿Qué os a dicho?

—Que pensáis mantenerla alejada de palacio, a bordo del bergantín.

—Es cierto. Gabrielle es muy niña... para envenenarse en este ambiente que huele demasiado a perfumes y artificialidad. Para ella

quiero la rudeza de los hombres de mar y la salobre y natural aspereza de la brisa yodada.

Cuando sonó la primera campanada de la medianoche, Diego Lucientes se puso en pie. Y siguió siendo un perfecto caballero hasta que hubo abandonado la sala de recepción.

CAPITULO V

Un hombre curioso

La galerna rugía con estremecedora y ruidosa voracidad, levantando olas encrespadas que barrían la cubierta del velero.

Habíase abatido 1a tormenta con toda la repentina intensidad de los vendavales antillanos, y el “Aquilón” cabeceaba violentamente, dificultando la maniobra de los piratas encaramados en los palos para tensar o arriar, según las órdenes que sucesivamente les eran transmitidas desde el puente de mando.

En el castillete de proa, Carlos Lezama hacía portavoz con las dos manos para aumentar la sonoridad de su voz.

Abiertas las piernas para afianzar el equilibrio, alternaba sus ojeadas al encapotado cielo de un gris plomizo y a los bandazos que daba la nave sacudida por la furia de los elementos desencadenados.

Sus dos lugartenientes; “Cien Chirlos" y “Piernas Largas” ocupaban el lugar de más peligro cabalgando cada uno el extremo de un palo y suspendidos sobre el abismo líquido y rugiente.

Aferrándose con una mano, con la otra se cuidaban de asir los cabos latigueantes que, por haberse desanudado, restallaban secamente dejando sueltas las velas que tenían por misión sujetar.

El Pirata Negro ordenaba al timonel sucesivas variaciones, tratando de evitar que el oleaje cogiera a la nave en inestable posición.

La zona tormentosa formaba a modo de un círculo, cuyo perímetro era visible al oeste por un halo de luz que demostraba que allá lucía el sol y dominaba la bonanza.

Y el “Aquilón” demostró, además de la pericia de su jefe, la solidez y agilidad de su estructura al resistir todos los embates,

mientras se dirigía hacia el Oeste...

En la alta bota derecha del Pirata Negro, una mano se aferraba, temblorosa...



La galerna rugía con extremecedora y ruidosa...

Carlos de Ferblanc y Heredia intentaba dominar el intenso pánico que a sus cinco años le producía la escalofriante galerna. Pero la voz serena y estentórea de su padre lograba tranquilizarle de vez en cuando.

Un bandazo más violento le hizo perder su asidero y resbalando por el suelo fué a chocar contra el enrejado de madera. Gateando volvió a trabar contacto con la pierna paterna, donde se abrazó convulsivamente.

Carlos Lezama fingió no ver en el rostro infantil los patentes síntomas del pánico cerval. Siguió dando órdenes, mientras el

“Aquilón”, dando tumbos y escorando alternativamente a ambas bandas, iba levantando penachos de espuma en su trayectoria lenta pero segura hacia la zona del Oeste donde reinaba la calma.

El viento pareció amenguar sus silbidos; el cielo fué aclarándose, y, de pronto, los rayos de sol encendieron sus sonrosados resplandores sobre la cubierta.

Gritos de júbilo acogieron la derrota de la galerna, y el “Aquilón” fué recuperando su cabeceo natural, alejándose de la zona tormentosa.

Carlos de Ferblanc y Heredia soltó la pierna de su padre, y mordiéndose los labios, miró hacia lo alto, hacia el rostro que para él constituía la mejor de las imágenes.

En la bronceada faz del Pirata Negro, que le estaba observando, había una tenue sonrisa.

—¿Te divirtió el juego?

—No estuvo mal, padre.

—No seas fanfarrón, mocito.

—¿Qué es fanfarrón?

—Hay dos clases de fanfarrones. Los que presumen de valientes y son liebres asustadizas, y aquéllos que, sintiendo miedo, procuran disimularlo.

—Yo soy de los segundos, padre.

La sonrisa del Pirata Negro se acentuó.

—Eso está mejor, hijo. ¿Tuviste miedo?

—¡Montones de montones!

Rió alegremente el Pirata Negro y su hijo reprodujo en más agudo diapasón su carcajada. También apoyaba los puños en las caderas y abría cuanto podía el corto compás de sus piernas, echando hacia atrás la cabeza.

—Es de hombres reconocer los propios defectos, hijo. Y en esta galerna has visto un símbolo de lo que es nuestra existencia. Ruge a veces la tormenta y cuando la vencemos, parece que el sol reluce más. Si estuviera con nosotros “Medio-Brazo”, por jugador, te diría que la vida tiene sus rachas negras y sus rachas blancas. ¡“Cien Chirlos”!

Al grito del Pirata Negro acudió velozmente el corpulento pirata del rostro horrendamente surcado por múltiples cicatrices.

—Me relevas, guapetón—dijo el Pirata Negro—. Si la galerna se

desplaza, búrlala y sigue rumbo hacia el islote de los Cuervos.

"Cien Chirlos" asintió con respetuosa cabezada, y colocóse en el lugar hasta entonces ocupado por el Pirata Negro.

Este puso la diestra sobre el hombro del robusto niño, y ambos se alejaron bajando las escaleras, hacia el entrepuente. El Pirata Negro prorrumpió en cinco cortos silbidos, y un sujeto de ancho tórax, atlético y flacas piernas largas vino a detenerse ante padre e hijo.

Sonrió exhibiendo unos dientes renegridos que aumentaban la fealdad de su rostro caballuno.

—Ven con nosotros, chiclanero—dijo el Pirata Negro—. Nos merecemos la compensación de tu música después de esta galerna.

"Piernas Largas", cuando los momentos de peligro habían pasado, llevaba siempre terciada al hombro en bandolera su guitarra, de la que tenía varias gemelas, porque alguna que otra vez, en repentina pelea, no había tenido tiempo de desembarazarse de su "tocanta", como la llamaba, y una de las bajas en el combate había sido el instrumento musical de cuerda y madera.

El Pirata Negro instalóse tras la mesa, en la sala camareta capitana, señalando a su hijo el banco situado ante él.

—Toca en sordina, andaluz. Tengo que hablar al mozo, y quiero que me oigas tú también.

El andaluz rasgueó con buen estilo una zambra acompasada, dando de vez en cuando un repique de dedos en la caja de madera...

—Ocho son los días que llevamos navegando, hijo. Y tengo una duda. Una duda que tú sólo puedes aclararme, Carlos.

—¡Qué bien!—sonrió el muchacho.

—¿Oyes la guitarra, hijo? Nuestro andaluz templa por zambra, y está repicando una muy bonita. Mi madre era andaluza, mozuelo, y en la sangre lo noto, porque, nacido en otras latitudes, me hierve la sangre cuando oigo "cante jondo" bien ejecutado. Y es extraño, Carlos. La letra de esta música, cambiándole una sola palabra, puede ser la solución de la duda que tengo. Canta, chiclanero...

Carraspeó "Piernas Largas", encorvado sobre su guitarra, y encaramadas las piernas en el barrote del escabel.

—Semeja un saltamontes abrazado a un madero—comentó en voz baja el Pirata Negro—. Pero sus dedos son ágiles y su voz ajustada y bien entonada.

Tras otro carraspeo, Curro Montoya cantó...

“No te fíes de lamentos ni suspiros,
no te fíes cuando llora una “mujé”;
la que es mala, con sus lágrimas te miente,
la que es buena, cuando llora no la ves...”

—Bien cantado, chiclanero. Sigue “por lo bajínes”...

La guitarra continuó en musicales rasgueos sordos...

—¿Oíste bien la copla, hijo? Hace pareja con otra que cantará Curro.

El Pirata Negro repicó sobre la mesa y el andaluz, supo adivinar.

“Quítate este vestío,
que el luto cuando es sentío
se lleva en el corazón,
no en el color del trapío...”

—Reúne las dos letrillas, hijo. Hablan de una mujer. Pero pueden aplicarse al hombre. Mejor dicho, la aplico al hombre entero, que no llora cuando pueden verle, y sabe reír ahogando su pena íntima... Ven, buen mozo. Quiero hablarte al oído.

Carlos de Ferblanc y Heredia bajó del banco y se encaramó gustosamente sobre un muslo de su padre. Éste le cogió por el cuello, mientras bisbiseaba a su oído:

—Sin mentir, como los hombres hablan, contéstame: ¿por qué lloras por las noches cuando estás solo en tu camarote?

Carlos de Ferblanc hundió el rostro en el pecho amplio de Carlos Lezama.

—Es cosa difícil, padre—susurró—. Tan difícil de comprender para mí, como el que siendo yo tu hijo, cuando estás enfadado, me llames Carlos de Ferblanc, llamándote tú Carlos Lezama. Yo soy Lezama, ¡maldita sea!

—No desviéis la cuestión, caballerete. Que os debería avergonzar a vuestra tierna edad, tener más escamas que un caimán, y emplear ardides de mujer en la conversación.

—¿Yo, de mujer?—y el muchacho apartó el rostro.

—AI pan, pan y... al agua, agua, caballerete. Os hice una pregunta. Contestadme primero a la mía, que luego os responderé a la vuestra.

—¡Ea!... ¡Lloro porque me da la gana!

—Excelente respuesta, mocoso. Descabalga, mamoncete

impertinente.

El muchacho sabía percibir las distintas modulaciones de la voz paterna. Se llevó impulsivamente las dos manos al fondillo de sus calzas, mirando de soslayo un corto látigo que pendía del tabique de la sala camareta.

El Pirata Negro señaló con el índice el látigo que su hijo miraba temerosamente.

—Vos mismo, señor. Vos mismo podéis descolgarlo. Os doy permiso.

—¡Ea! ¡Me la gané!

Y el muchacho corrió furiosamente hasta el tabique. Se empinó sobre las puntas de los pies, y descolgó el látigo.

“Piernas Largas” simulaba estar a mil leguas de distancia, rasgueando en su guitarra, más inclinado que nunca sobre ella...

Carlos de Ferblanc acercóse sin tantas prisas, llevando al extremo de la mano la odiosa correa que ya varias veces había ensangrentado sus posaderas.

—¿Cuántos os merecéis, señor?— preguntó el Pirata Negro.

—Los que tú digas, padre.

—¿Os parecen suficientes cuatro correazos?

—Me parece que... sobran tres, padre.

—¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho?

—Contesté sin pensarlo, padre. Y además es que me da vergüenza decir por qué... ¡eso! Dame los correazos, padre, que me escuece el trasero ya.

Y Carlos de Ferblanc se desabrochó el cinto, dejando caer sus calzas.

El Pirata Negro levantóse y cogió el látigo, que agitó ante el rostro pálido de su hijo.

—Cuatro por dos, ¿cuántos son, hijo?..

—Ocho—replicó temblando el niño.

—Ocho te daré la próxima vez que me contestes con insolencia. Vuelve a levantarte los calzones y cuelga la correa.

Carlos de Ferblanc corrió a cumplir lo ordenado. Tropezó por el camino con sus calzas arrolladas en los tobillos, y cayó de bruces, resonando su cabeza contra la madera.

El Pirata Negro precipitóse hacia él, pero dominó su impulso asustado y, dando vuelta, fué a sentarse.

Carlos de Ferblanc se levantó, sacudiendo la cabeza, y restregándose la nariz.

—¡Por cien mil demonios!—masculló con voz más grave de la que correspondía a su edad—. Me di un "rebencazo".

—Castigo a tu impulsiva imprudencia. Antes de actuar, hijo, hay que fijarse en las condiciones del terreno y del adversario. Y tu adversario han sido la prisa y tus calzas. ¿Te duele algo?

—Las narices—dijo el niño mientras colgaba el látigo.

Al volverse quedó visible el hililllo de sangre que manaba de ellas. El Pirata Negro dominóse de nuevo. Tendió la mano hacia una alacena.

—Ahí tienes vinagre y sal, hijo. Escuece, pero cura y detiene la sangre. ¡Hermosa sangre, buen mozo! Roja y generosa.

"Piernas Largas" continuaba tocando acompasadamente, mientras el niño frotábase la nariz vigorosamente, empapadas las manos en sal y vinagre.

—Así — aprobó el Pirata Negro—. Los hombres se curan con cosas que son naturales y que duelen. Dejemos los untos y las pomadas para las mujeres. Bien; acércate, y, en pie, vas a contestarme. ¿Te da vergüenza que te oiga Curro Montoya?

—No—dijo el muchacho colocándose al otro lado de la mesa, y asomando la parte superior del rostro por e1 reborde—. Me dijiste que "Cien Chirlos" y "Piernas Largas" eran nuestra familia. Y entre familia se puede hablar claro, ¿verdad?

—Naturalmente, hijo. Desembucha ya.

—Pues... lloro a veces, pero poco, ¿sabes?.. porque ella era tonta y acusica..., pero yo jugaba con ella a gusto... y eso... que ella era una chica que merecía ser chico...

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Gaby. La hija de "Medio-Brazo". Y también echo de menos a "Medio-Brazo". Me hablaba muy bien de ti, padre, y me contaba consejos donde los animales hablaban.

—Somos muchos, hijo, los animales que hablamos. Y creo que tu pena es sincera y viril, porque no la demuestras más que cuando estás a solas. Escucha, Carlos; antes de explicarte todo lo que te apena, contestaré a tu pregunta. Te llamas Carlos como yo, y de Ferblanc como mi padre. ¿Tú sabes lo que es un conde?

—Me dijo "Cien Chirlos" que había gente que nacía en palacios

y llevaba sangre azul, y loa llamaban barones, condes y marqueses y "duqueses".

—Bien Tiene razón tu padrino, menos en un punto. La sangre de los hombres sólo es de dos clases: buena o mala. En todos es roja como la de tus narices.

—Ya me parecía a mí. Te he visto sangrar, padre, y la tuya es como la mía. Muy colorada.

—Dirás que la tuya es como la mía —corrigió el Pirata Negro— Tienes más hombría que la que pertenece a tus años. Puedo hablarte de hombre a hombre.

Carlos de Ferblanc se engalló y asomó más el rostro al otro lado de la mesa.

—Tú heredarás el título que legítimamente te pertenece de conde de Ferblanc. Yo te lo cedo, porque de niño, cuando estuve solo, me acostumbré a oírme llamar Lezama, y Lezama quiero morir.

—¡Yo también! ¡No quiero ser conde!

El Pirata Negro dirigió la vista hacia el tabique donde colgaba el látigo. El niño añadió precipitadamente:

—Bueno. ¡Seré con de si tú lo quieres!

—Tu abuelo llevó con mucha honra y gallardía su título, y tú serás un digno sucesor de Humbert de Ferblanc. Y ahora tendré que explicarte algo complicado para tus entendederas, aunque sabes ya más que un sacristán canoso. ¿Cuál es el mejor cumplido que te dice tu padrino cuando está contento de ti?

—Me llama bruto—replicó complacido el niño.

—Para 'Cien Chirlos", el ser bruto es la mejor cualidad, buen mozo. Vives entre brutos, Carlos, y lo prefiero, quizás, a que vivas entre faldas mercenarias. Y también quizás por eso podrás comprenderme. ¿Has visto a tu padrino y a Montoya pelearse?

Curro Montoya acentuó la sonoridad de su guitarra, mirando al techo.

Carlos de Ferblanc vaciló ostensiblemente.

—Yo no soy acusica, padre.

—Y el día que me soples algo, te atizo veinte correazos. No quiero sonsacarte. Está prohibido pelearse a bordo. Pero cuando tu padrino y el amigo Montoya se desloman, es porque son amigos... y son muy brutos. Pelean de mentirijillas. Pero son muy brutos y les

molesta demostrar que se tienen afecto. Lo consideran impropio de hombres enteros. ¿No es así, chiclanero? Tú ¿aprecias o no a “Cien —Chicos;;?

—Como apreciarle le aprecio creo yo, porque cuando estuvo en galera se me hacía el día muy largo sin él., Pero unas “mijitas” de pelea nos alegran.

—Has oído, hijo. Unas “mijitas” de pelea alegran a los amigos brutos. Y “Medio-Brazo” y yo somos amigos, pero ahora estamos peleados. Volveremos a ser amigos, y entonces podrás jugar de nuevo con Gaby. Y ahora puedes largarte al puente con tu padrino. Es tu hora de ejercicio de maniobra.

Cuando el niño hubo salido, el Pirata Negro estuvo escuchando unos instantes en silencio la música de la guitarra.

—Dale reposo a la tocanta, andaluz. Vamos, a hablar de “Medio-Brazo” y tu ahijada Gaby. Quedaron en Puerto Rico, y me preocupa... la niña. Soy un hombre curioso. Me mata la curiosidad, chiclanero. Me gustaría saber lo que va a ser de Diego Lucientes. No por él. Él me tiene sin cuidado. Es por la niña, ¿comprendes? ¿La querías?

—Más que a mi “tocanta”. Me parecía que me devolvía la niñez, y a su lado todo me olía a frescura, a limpieza, como la de una cubierta bien baldeada o como cuando yo me doy frotes con jabón de brea.

—Una vez por año. ¿Qué más?

—Y al oírla hablar sentía yo en mi estómago algo extraño. No era hambre, porque como bien y estoy harto siempre. Pero eran unas cosquillas raras... Y un día ella, echándome los brazos al cuello, me dijo: “Padrino, te quiero mucho”..., pues, perdona, señor, pero hubo bruma en el mar, y hacía mucho sol. Bruma en mis ojos...

—Los niños, chiclanero, son la única pureza humana. Y por Gaby tengo que vigilar lo que ocurre en Puerto Rico. El señor Lucientes es un enamorado de la Luna, como yo, pero es aún más loco que yo: Siempre se entremete en empresas excesivas para su alcance. Y entre Virreyes y recios españoles bravíos corre peligro... Me refiero siempre a la niña cuando hablo del peligro que él corre, ¿estamos?

—Estoy, señor.

—Pero el mayor peligro es que se enamoró de Sonsoles. Y

Sonsoles es la mujer más malvada y pérfida que en mi existencia me he tropezado. ¿La viste a ella?

—Delicada como una flor, y en su sonrisa hay mieles, señor.

—¡Otro bellaco más! Bajo la miel hay abejas y las flores nacen en el barro. Pero a tus años no pienso advertirte contra las asechanzas de los angelicales aspectos que engañan. Lo que quiero es lo que antes dije: Estar informado de cuanto ocurre en Puerto Rico. El islote de los Cuervos dista escasas millas de la isla portorriqueña. Si el madrileño perece en el peligro, debemos, al menos, rescatar a la niña porque es tu ahijada y es la compañera de juegos de mi hijo.

—¿Voy yo a la espía, señor?

—No. Te conocen. ¿Quién a mi bordo es suficientemente listo para oír sin hablar, ver sin que le vean?

—Está Matías “el Cencerro''—empezó a decir pensativamente el andaluz, frunciendo la larga nariz—. También “Rompetechos”. Éste quizás mejor, señor, porque sirve para un fregado y para un barrido.

—Tráelo.

Instantes después entraba un individuo de corta talla, con atisbos de aseamiento, y rostro que no delataba ninguna maldad.

—¿Cuál es tu nombre?—preguntó el Pirata Negro.

—Ruperto, señor. Pero tu lugarteniente—y señaló rencorosamente al andaluz— me llama “Rompetechos”, porque soy de pequeña estatura. Pero a reaños y a sinvergüenza nadie me gana, señor.

—Celebro tu jactancia, Ruperto. Tienes rostro de monaguillo listo, y al verte nadie desconfiará de ti. Cuándo arribemos al islote de los Cuervos, cogerás un lanchón con lona y te irás a la isla portorriqueña. Hazte el náufrago, o entra por donde no te vean. El caso es que no dejes el pellejo colgando de alguna horca.

—Mucho he andado, señor, y no me han colgado todavía.

—No pierdas las esperanzas, bellacón. Pero que no te cuelguen en Puerto Rico, porque me disgustaría el saberlo. Que te ahorquen en otra parte. Acércate. ¿Ves este diseño? El trazo azul es el mar cuando bate contra la costa norte de la isla. En este punto hay una caleta pequeña. La misma donde ancló el velero, ¿la recuerdas?

—Podría entrar en ella con los ojos vendados señor.

—Consérvalos bien abiertos. Todas las noches, a las dos de la madrugada, uno de mis hombres irá a recoger tus informes. Deberás decirme diariamente qué clase de vida hace el señor Diego Lucientes y cuanto le ocurra a su hija. Nada más. Puedes irte, Ruperto.

Salió el pirata tras saludar, y Carlos Lezama miró al andaluz.

—Los apodos los pongo yo, chiclanero. Bien puesto está el mote de "Rompetechos", pero la vanidad de los hombres pequeños es grande. Búscale otro, y dímelo. Cuando lo apruebe, valdrá.

—Es un mozo listo, señor. ¿Le puedo llamar "Ardilla"?

—No le cuadra mal. Lárgate.

Poco después, el Pirata Negro contemplaba la "lección de ejercicios físicos" en cubierta.

"Cien Chirlos" rodaba por el suelo voluntariamente, mientras Carlos de Ferblanc y Heredia, montado encima de él, repartía generosamente puntapiés y puñetazos.

Y el pirata de rostro corcusido ostentaba un semblante sonriente, que respiraba de satisfecha bestialidad cada vez que el puño del niño le alcanzaba fuertemente o el pie agresor le golpeaba certeramente en algún sitio vital.

Silbó el Pirata Negro y acudieron corriendo ambos luchadores: el pasivo "Cien Chirlos" y el resoplante y despeinado chiquillo.

—Sudas mucho, mocito. Coge un cubo, llénalo con agua salada, y moja tu cuerpo… y tus músculos fatigados por el ejercicio.

Mientras el niño desnudo, a pleno sol y en cubierta jadeaba y gritaba placenteramente bajo el agua que se vertía encima, el Pirata Negro asió por el coleto a "Cien Chirlos".

—¿Qué tal progresa el mozo, guapetón?

—Será un jabato, señor. Hoy me ha dado ya una coz… perdón, un puntapié que me ha dolido. Es un gran mozo, señor.

—¿No conoces el refrán que dice: "De tal palo, tal astilla"?

Y el empujón del Pirata Negro fué acogido con gratitud por el lugarteniente "Cien Chirlos".

Al anochecer, el "Aquilón" ancló en la isla de los Cuervos.

CAPITULO VI

El embozado

Por espacio de dos semanas, Diego Lucientes mantuvo en el transcurso de las veinticuatro horas de la jornada un ritmo metódico muy desacostumbrado en su inquieto temperamento.

A las nueve de la mañana descabalgaba en la playa frente a la bahía donde anclaba su bergantín, y permanecía con su hija hasta media tarde, en que, volviendo a ensillar su montura, desaparecía carretera adelante hacia la ciudad.

Se le podía ver por los jardines de palacio en compañía de su esposa, y anochecido cenaba con ella también, prolongando la sobremesa con el marqués del Aguilar y Olalla Ávila, su esposa.

Cercana la medianoche, los jóvenes esposos se despedían del Virrey y Olalla, y paseaban de nuevo por los jardines silenciosos y umbríos, aromatizados por los nocturnos efluvios de los rosales, entibiado el ambiente por la espléndida noche primaveral portorriqueña.

Como si obedeciera a una secreta voz diabólica, Sonsoles Ávila, desde la noche de bodas, habíase convertido en una sumisa mujer de dulces palabras, atenta a los menores deseos y caprichos de su cónyuge.

Y al mágico encanto de las noches poéticas unía ella la dulzura de su transformación en una mujer sin ariscas réplicas ni tortuosas sonrisas.

A las repetidas muestras de extrañeza de Diego Lucientes replicaba graciosamente que el estado de la esposa había dulcificado su carácter y que se sentía profundamente enamorada de aquél, a quien ya no llamaba “bandido” o “rufián aventurero”, sino “Diego” con entonaciones arrulladoras.

Y el sortilegio de su nueva atracción embriagaba al madrileño, aunque las antiguas sospechas renacían en él por instantes.

Así lo manifestó aquella noche, mientras sentados en un banco respaldado por mirtos y laureles, entre los que los rosales ponían sus toques de perfumado color, Sonsoles Ávila acababa de recitar una romanza sentimental.

—Embrujo de una voz femenina en un jardín—comentó Diego. Lucientes con sonrisa irónica—. Vas cerrando los eslabones alrededor de mi cuello, Sonsoles. Antes me encadenó tu altivez y ahora me enamora con más fuerte trabazón la inteligente mansedumbre que demuestras... Y te temo más ahora que antes.

—Exceso de recelos, Diego. ¿No pintan a la mujer mudable cual veleta? Lo fui, y por serlo, ahora he elegido libremente el quererte siempre y tratar de olvidar lo mala que antaño fui.

—¡Tate!, diría un conocido mío. Cuando la loba viste de cordera, la dentellada será más traidora.

—Sigues dudando de mí, y labras tu propia infelicidad—reprochó ella con mohín cariñoso:

—Pienso que una de las razones por las que te has casado conmigo es la de saciar un día u otro tu rencor contra mí. ¿Cómo? El tiempo dirá. Y otra de las razones, es para que te sirva como hombre de paja para un plan diabólico cuyo alcance no me atrevo a creer posible. Si fuera cierto lo que pienso, estarías desequilibrada... No puede caber tanta maldad en quien, como tú, reúne todos los encantos de la más delicada belleza.

—La más principal de las razones ¿no podría ser que estuviese enamorada de ti?

—Las mujeres nunca perdonan, me aseguraste un día.

—Perdonan cuando quieren. Y la peor de las mujeres se torna buena si su marido le es fiel y se comporta bien con ella. Desde que nos hemos casado, mantienes una prístina ejecutoria, dividiendo tu existencia entre tu hija y tu esposa—y ella abatió los párpados velando la luz de sus ojos maliciosos al añadir: —Como hija de Virrey tengo mis informadores.

—¿Espías?

—Quizás lo sean. Dime: la noche en que fijaste con mi padre la fecha de nuestra boda ¿por qué fuiste a visitar a la inglesa?

—Para verla de nuevo, compararla contigo, y cometer la torpeza

de casarme contigo.

Ella enlazó sus brazos alrededor del cuello de Lucientes.

Y la magia del jardín obró el resto.



Al filo de la una de la madrugada maese Piñeiro se disponía a cerrar las puertas de su posada, después de haberse tomado la colación nocturna que solía ingerir antes de ir a acostarse.

Había ya echado las contraventanas y estaba dirigiéndose hacia la puerta principal para cerrarla...

La ciudad dormía, y todo era silencio. Por eso oyó con claridad unos pasos que se acercaban, dando vuelta al edificio.

La figura de un alto individuo embozado en negra capa, y calado el chambergo, detuvo indeciso al posadero, al proyectarse encima de é1 la sombra del recién llegado.

El extremo inferior de la capa se levantaba airosamente, mostrando el largo remate de una vaina de espada duelista.

—Buenas noches, maese Piñeiro.

—Buenas las tengáis, caballero.

—Sírveme el mejor de tus vinos.

—Es hora de cerrar, caballero.

Pero el embozado, sin hacer caso de la observación del posadero, entró en la sala, donde sólo lucía la luz de una vela.

En la tenue penumbra repitió el embozado:

—Sírveme vino. Tengo que hablar contigo.

Era una voz seca, autoritaria, voz de hombre habituado a ser obedecido prontamente. Maese Piñeiro dirigióse a la alacena regresando con un frasco y una copa junto a la mesa donde el misterioso embozado aguardaba en pie velando su rostro con la capa.

—Cóbrate y no me devuelvas moneda de cambio—y así diciendo, el embozado arrojó sobre la mesa una repleta bolsa que tintineó cristalinamente, destellando áureos fulgores por entre sus mallas.

El posadero aprisionó ávidamente la bolsa, que sospesó enajenado de gozo. Era una pequeña fortuna.

—Vos me mandáis, excelentísimo señor.

—Quiero visitar a la señora inglesa.

—Ella... no recibe visitas y...

—Dame la llave de su cuarto.

—Mirad, señor, que comprometéis el buen nombre de…

—Dame la llave y guarda silencio, posadero. Que si soy generoso cuando me sirven, también hago enmudecer las bocas que me traicionan.

Con profundo pesar, el posadero tendió la bolsa.

—No puedo, señor. Si la señora inglesa…

—Para nada pensará en tu complicidad. Obedéceme, y recibirás en pago otros cien doblones.

El posadero hurgó prestamente bajo su mandil haciendo sonar las múltiples llaves. Tendió una de ellas al embozado, quien, cogiéndola, se alejó hacia las escaleras sin añadir palabra.

Maese Piñeiro dejóse caer, más que se sentó, en el banco junto a la mesa. Descorchó inconscientemente el frasco que había portado para el misterioso visitante, y escanció vino. Apuró varias copas seguidas, contra su costumbre.

Esperaba de un momento a otro oír las voces escandalizadas de la inglesa, con el consiguiente descrédito para su posada, de cuya fama estaba muy orgulloso.

Levantóse y con cautelosos pasos subió también las escaleras. Entró en una habitación desde la que pudo espiar la figura del embozado, inclinado ante la puerta de las habitaciones de la inglesa.

Cuando el embozado hizo girar la llave y entró, maese Piñeiro, corriendo sobre la punta de los pies, fué a encaramarse sobre un escabel de una habitación vecina, desde donde, acechando por entre un cristal mal ensamblado en su marco de madera, podía percibir y oír lo que ocurría en la habitación de la inglesa.

Mary Dear, suelto el largo cabello, y cubiertos escasamente los nacarados hombros por blondas de encaje de un vestido de cama, dormía apaciblemente.

Si en la mesita de noche, además de una vela perfumada, había una espada y una pistola entrecruzadas, aquello no extrañó a maese Piñeiro por dos razones: porque las había ya visto, y porque era natural que una viajera solitaria tomase sus precauciones.

La puerta entreabierta enmarcaba la silueta del embozado detenido en el umbral.

Fué casi milagroso el arte con que Mary Dear se incorporó y,

sentada en el lecho, dirigió hacia la puerta el cañón de la pistola que acababa de coger.

—¿Quién es?

—Perdonad, señora, mi atrevimiento al presentarme así.

El embozado hizo un solo movimiento: Bajar el embozo de su capa.

Mary Dear le miró unos instantes, hasta que reconoció el rostro. Señaló con la mano libre el exterior da la habitación.

—Os recibiré, excelencia, si me permitís vestirme.

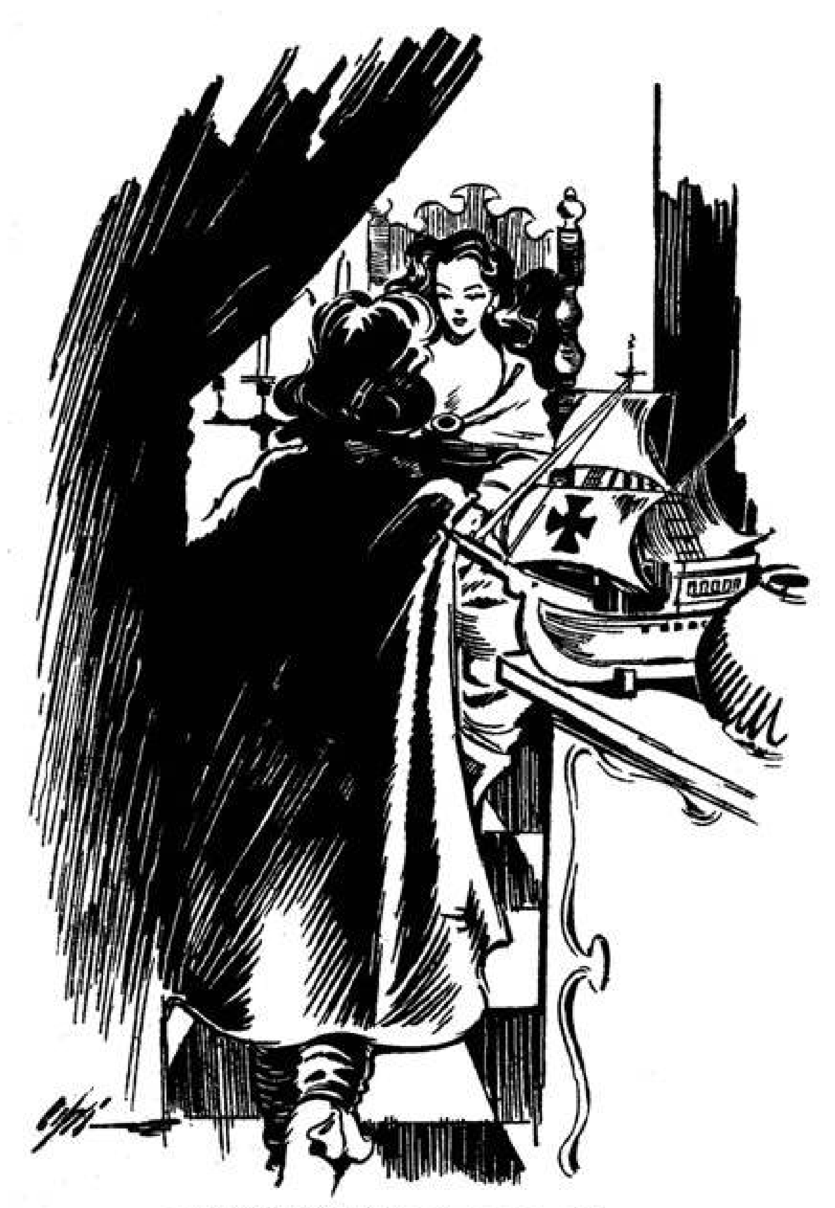
Genaro del Aguilar volvió a salir de la habitación. Desde lo alto de su escabel, en poco estuvo que maese Pedro no cayera al suelo; tal fué su sorpresa al reconocer en el embozado al Virrey.

Mary Dear vistióse y sentándose tras la mesa, después de encender las distintas velas de un candelabro, exclamó:

—Estoy a vuestras órdenes, excelencia.

Genaro del Aguilar volvió a detenerse en el umbral.

—Os debo toda clase de excusas, señora, por comportarme como un galanteador sin recato. La hora no es propicia, pero es la única de que yo disponía.



—Os debo todo género de excusas, señora...

—Os puedo asegurar que no estoy recibiendo al hombre, sino al que representa la máxima autoridad de la isla, y es por tanto mi obligación recibiros. Pero os hago constar mi sincero desagrado.

—Que reconozco justo; pero... hay impulsos, señora, que no pueden dominarse.

—Sois hombre de Estado y vuestra edad es la suficiente para que sepáis, no sólo moderar vuestros ímpetus, sino dominarlos. Porque creo que adivino el objeto de vuestra visita. Un caballero de vuestra categoría no la puede perder comportándose como un vulgar jovenzuelo osado.

—Por vos soy capaz de todo, Mary —y la voz del Virrey tornóse suplicante—. Siempre he sido intachable, y nada puedo reprocharme. Sin embargo, ahora... desde hace unas semanas... Desde que os vi...

—No estáis en vuestros cabales, señor. ¿Olvidáis qué sois el Virrey?.. ¿Olvidáis que sois hombre casado?

—Todo lo olvidaría por obtener de vos una palabra de esperanza.

—A la luz del día y si fuerais hombre soltero os escucharía. Ahora tan sólo puedo buscar en vos la galantería y cortesía españolas, rogándoos abandonéis mi habitación...

Genaro del Aguilar avanzó un paso y, de pronto, enlazó a la inglesa entre sus brazos. Sin descomponerse, Mary Dear logró esquivar el brutal abrazo y, retrocediendo, volvió a empuñar la pistola.

—Juro, señor, que si no salís inmediatamente, os abato a mis pies.

—No podéis hacer tal en mi persona. Soy el Virrey.

—Sois un embozado que a la una de la madrugada ha penetrado en mi alcoba forzando la puerta. Salid... o disparo, señor embozado.

Genaro del Aguilar inclinóse en muda reverencia. Pálido, con los rasgos alterados, salió de la habitación.

En la sala, maese Piñeiro ocultaba su jadeo fingiendo estar muy atareado limpiando una mesa limpia.

—Guarda discreción, posadero—advirtió el Virrey, dirigiéndose a la puerta de salida—. Nadie ha venido esta noche.

—Nadie ha venido esta noche, exce... lentísimo señor—repitió dócilmente maese Piñeiro.

Minutos después, el gallego se disponía a cerrar su puerta, cuando al sentir en su espalda un toque, volvióse asustado.

Pero no era el Virrey. Era un sujeto de corta talla, vestido ostensiblemente con ropas de buen corte pero algo chillonas, el cual, erguida orgullosamente la cabeza, dijo por saludo:

—Quiero la mejor de tus habitaciones, hostelero.

—Buenas noches, señor. No tengo el honor de conoceros. Hoy no llega correo...

—Menos charla, belitre.

Y el pequeño individuo entró con empaque majestuoso en la sala, donde al sentarse se empequeñeció aún más.

—La mejor de tus habitaciones. Encontrarás en el abrevadero mi caballo y mi equipaje. Sube mis bártulos a la habitación, y dale pienso a mi caballo. Tengo sueño. ¡Vamos! Acompáñame ya a mi habitación.

—¿Puedo saber cuál es la gracia de su señoría?

—Juan del Amo—replicó el recién llegado poniéndose en pie y desafiando con la mirada al posadero, que le sobrepasaba en medio metro—. Ganas me dan de tundirte a palos, insolente. ¿Qué son tantas preguntas?

—Estoy obligado a ello, señor. Perdonadme, pero la ley es la ley, y en Puerto Rico nos exigen que informemos cualquier llegada de desconocidos.

Juan del Amo emitió un bufido e hizo con la mano un gesto de impaciencia.

—¡Vamos, vamos! Presto, belitre. Condúceme a mi habitación. Estoy fatigado.

Maese Piñeiro obedeció, y si tardó más de la cuenta en llevar el equipaje fué porque anduvo fisgando en el interior de la maleta, leyendo apresuradamente y con leve espanto los documentos que halló ocultos entre la ropa.

* * *

Sonsoles Ávila presentóse en la posada de maese Piñeiro a las once de la mañana siguiente.

Descendió de la carroza, cuyo estribo bajó apresuradamente el propio posadero.

—Buenos días, maese Piñeiro. Deseo ser recibida por la señora inglesa que se hospeda en tu casa.

—Mi humilde casa se honra al visitarla vos, señora. Dignaos tomar asiento...

—Tengo prisa, maese Piñeiro.

El posadero desapareció corriendo escaleras arriba. Sonsoles aguardó sonriendo, pero sin buen humor.

En la sala contigua a su alcoba, Mary Dear estaba conversando con Diego Lucientes, al cual habla mandado llamar a las diez.

—...y ésta es la causa de mi simpatía, Diego. Cuando el Virrey te pidió que persiguieras con tu barco al velero de Carlos Lezama, te excusaste pretextando que tus velas estaban en reparación y las jarcias y obenques no te bastaban para perseguir a un velero ágil y maniobrero. Pero yo, como tú, entiendo de cosas del mar. Con tu artillería podías muy bien haber puesto en compromiso la retirada del “Aquilón”.

—Él es un marino y yo soy un aprendiz—rebatió sonriendo el madrileño—. Pero volvamos al objeto de tu llamada. Tienes razón en querer irte, porque tarde, o temprano la pasión del Virrey te...

Unos golpes apresurados en la puerta interrumpieron al madrileño. Mary Dear, extrañada, habló:

—Entrad.

Maese Piñeiro, retorciendo entre sus manos el gorro de lana, plasmaba la personificación del atribulamiento.

—Una señora desea veros, señora. Es... vuestra esposa, caballero.

Diego Lucientes rió.

—Siempre me encanta ver a mi esposa, gallego. ¿Permitís que suba, señora?

En la sala, Sonsoles Ávila era observada por Juan del Amo, que acababa de entrar. Deslizó ella una mirada hacia el diminuto español... Y la mirada de sus ojos azules era extraña, casi invita dora...

Engallóse Juan del Amo, que destocándose, hizo un saludo magistralmente amplio.

—A vuestros pies, señora. Soy vuestro servidor, Juan del Amo. Perdonad mi atrevimiento, pero creo reconoceros.

—Lo mismo digo, caballero. Vuestro semblante inteligente, vuestros ojos negros de especial intensidad... me son conocidos.

Era la vez primera que Sonsoles Ávila veía a Juan del Amo. Éste se atusó el fino bigotillo, con complacida suficiencia.

—¿Os puedo servir en algo, señora?..

—He venido a visitar a una señora amiga. Perdonadme, ahí viene el posadero.

Al levantarse Sonsoles, Juan del Amo repitió su saludo, y al subir ella las escaleras, maese Piñeiro vióse aferrado por un brazo.

Ansiosamente y en voz baja, preguntó el español:

—¿Quién es esa damita tan linda y amable?

—La hija de su Excelencia el Virrey.

—¡Ah!... Creo que he causado en ella una buena impresión.

Y, soñador, alejóse el hombrecillo. Había leído en los ojos azules de la hija del Virrey la muda atracción de una mujer dispuesta a coquetear, pero el español figuróse en su presunción que su prestancia había enamorado a la delicada belleza de Sonsoles Ávila.

Diego Lucientes avanzó al encuentro de su esposa cuando ésta entró en la habitación de Mary Dear.

—Si hubiese sabido que deseabas venir, te habría pasado a recoger en Palacio, esposa mía—dijo amablemente.

—Vine tan sólo a visitar a la señora—replicó no menos amablemente la bija del Virrey.

Ambas mujeres se hicieron una leve reverencia. Mary Dear volvió a sentarse, hierática e indiferente.

—Desearía que te fueras, Diego. Tengo que hablar privadamente con la señora.

—Una esposa no tiene secretos para su maridito—rió el madrileño.

—Sí, cuando está en juego su felicidad de hija. Y ya que me has obligado a revelarte el secreto, continuaré —y Sonsoles Ávila avanzó hasta detenerse en pie frente a la inglesa, que continuaba sentada—. Os suplico, señora, que dejéis de atormentar a mi padre.

Mary Dear arqueó las cejas, mientras Diego Lucientes, enlazando por la cintura a su esposa, comentó:

—Hay error, Sonsoles. Y tu frase es de mal gusto. Yo sabía ya lo que ocurría. No quise decírtelo para no entristecerte. La señora Dear me llamó para consultarme como amigo suyo que soy. Desea marcharse en el primer barco holandés que toque en Puerto Rico. Alejándose, tu padre la olvidará. Debes, pues, estarle agradecida, ya que otra mujer quizás procuraría atraerse al Virrey.

Sonsoles Ávila hizo otra reverencia.

—En este caso, señora, no me queda nada más por deciros. Lamento que vuestra venida a Puerto Rico apartara a mi padre de su habitual rectitud. Pero sé comprender que no es vuestra culpa si sois bella. Os agradezco la honestidad que demostráis al marcharos de Puerto Rico.

Mary Dear siguió en silencio. Sólo replicó con un "“adiós” sin calor, a la despedida de Diego Lucientes.

Bajando las escaleras, Diego Lucientes manifestó su opinión.

—No discuto tu derecho, Sonsoles. Pero podías haberte confiado a mí. Yo habría hablado con la inglesa.

—Ya lo hacías, querido.

—Por tu bien. No quería que te enterases de que tu padre… En fin, nada ha ocurrido. Lo que sí es cierto, es que dispones de una red de hábil espionaje,

—Más de lo que te figuras, Diego.

CAPITULO VII

La acusación

Todas las noches al cenar reuníanse juntos la familia del Aguilar y el nuevo consorte. Olalla Ávila, esposa del Virrey, extremaba sus atenciones para con Diego Lucientes, quien agradecido al amable trato, extremaba también su corrección procurando dominar su natural “arrabajería” chulona de madrileño del Avapiés.

De vez en cuando el marqués del Aguilar se permitía una leve sonrisa ante la comedida actitud del que sabía que era insolente aunque de buen fondo caballeroso.

Y la noche del día en que Sonsoles Ávila fué a visitar a Mary Dear, Diego Lucientes estuvo en ascuas por unos instantes al oír la última frase de Sonsoles:

—Esta mañana encontré a Diego antes de lo que pensaba. Le suponía en su bergantín como siempre, y estaba en la ciudad.

—Un paseo de ciudadano. Conozco mal el pueblo en que he tenido la fortuna sin igual de hallar esposa perfecta y suegra sin igual—replicó Lucientes para desviar la conversación. —Reconozco que es una insulsez propia de solteros avinagrados la calumniosa afirmación de que huyen del casorio por temor a las iras de una suegra. Os felicito, señor, por haber sabido elegir esposa tan amable y bondadosa.

Olalla tendió el vaso y el madrileño, sentado junto a ella, apresuróse a substituir al lacayo, vertiendo agua. De los cuatro comensales, Olalla era la única que bebía agua. Los demás saboreaban ricos mostos españoles.

Fué al día siguiente a la tarde cuando al llegar Diego Lucientes a palacio le comunicaron que la esposa del Virrey se hallaba postrada en el lecho, quejándose de agudos dolores.

Los médicos llamados a consulta hallábanse perplejos...

En una de las salas encontró Lucientes a su esposa en compañía do un desconocido de corta talla. Su llegada repentina no permitió a Juan del Amo retirar a tiempo sus manos, que rodeaban una de las de Sonsoles Ávila.

La pareja púsose en pie, y Diego Lucientes contempló en silencio por un instante al desconocido.

—Buenas tardes. ¿Interrumpo algún diálogo confidencial?

—Es el señor Juan del Amo—presentó Sonsoles—. Un conocido de casa, que ha venido a informarse del curso de la enfermedad de mi madre.

Juan del Amo inclinóse, algo asustado íntimamente.

—Os quedo agradecido, señor del Amo—dijo Lucientes—. Veo que estáis muy preocupado por el estado de mi suegra, puesto que para calmaros os tenéis que asir de las manos de mi esposa. Os confieso que a no mediar la explicación que acabo de oír, os habría proporcionado un asidero menos confortable.

—¿Qué insinuáis, señor?—preguntó Juan del Amo estirando su corta talla.

—Simplemente os hago saber que tengo el honor de ser el dueño y señor de las manos de mi esposa.

—Confundís... una actitud de amistad con...

—¡Por favor, señores! — intervino amablemente Sonsoles—. Ha quedado ya todo aclarado. Buenas tardes, señor del Amo. Agradecida a vuestra atención.

Juan del Amo inclinóse ante ella y recogió su capa y su chambergo.

—Buenas tardes, caballero—saludó a Diego Lucientes.

—Así las tengáis vos también—replicó secamente el madrileño.

Y cuando se hubo marchado el visitante, Diego Lucientes asió por el hombro a su esposa.

—¡Repámpanos! ¿Crees que soy idiota? ¿A qué viene el coquetear con esta media porción de hombrecillo?

—¿Celos, querido? — preguntó ella, sonriendo.

—Seguramente lo son. De lo que sí estoy seguro es de que como vuelva a ver a ese mequetrefe a tu lado, lo tundo a botazos. Escucha, viborilla: juegos, conmigo, no, que por tener el cabello rojo me amostazo fácilmente, y luego los lloriqueos serían tardíos.

—No gritéis—dijo ella majestuosamente—. Deberíais tener en cuenta que mi madre se halla enferma de cierta gravedad.

—Y a “vos” te digo que no quiero volver a ver a tu rondador. Porque él recibirá vapuleo, pero me temo que a “vos” también te dolerá la zarabanda.

—¡Rufián!—murmuró ella suavemente.

—Es posible. Pero no me doblego a modales de corte, si consisten en hacer la vista gorda. Y bastante hemos hablado de esto. ¿Qué le acurre a tu madre?

—A medianoche se quejó de fuertes dolores en el estómago. Decía que le ardía… Tiene fiebre alta, y delira.

—Esperemos que no sea más que un empacho de dulces.



Genaro del Aguilar permanecía continuamente junto al lecho de su esposa. Olalla Ávila gemía tenuemente, con visibles muestras de dolor en el rostro desencajado.

En un momento de lucidez, Olalla ladeando la sudorosa frente, miró al hombre que, sentado junto a ella, lloraba silenciosamente.

Con esfuerzo sacó un brazo del embozo y apoyó la mano febril en las dos manos cruzadas en muda oración.

—¿Tan grave estoy, Genaro? He oído tu rezo…

Genaro del Aguilar intentó soslayar la respuesta.

—Si ves lágrimas en mis ojos, Olalla, es porque… me duele verte sufriendo. Has sido para mí una esposa ejemplar… y me considero culpable de lo que te ocurre. Es un castigo de Dios por mi incalificable comportamiento.

—No te entiendo.

—Puse los ojos en otra mujer, Olalla. Debo confesártelo. Me arrepiento de ello. Fué una insana pasión de locura…

Cesó el Virrey en su confesión al sorprender de nuevo en la yacente los síntomas del delirio. Olalla balbuceaba palabras incoherentes, sin ilación ni significado…

Al anochecer, uno de los médicos cerró los párpados de Olalla Ávila, y salió de la habitación acompañado de otros dos médicos.

Durante media hora sólo se oyeron en la alcoba las oraciones de Genaro del Aguilar y los sollozos de Sonsoles Ávila.

Fué el propio Lucientes quien con grandes esfuerzos logró arrancar a Sonsoles del abrazo convulsivo con que mantenía

enlazada al cadáver de su madre.

La aflicción de Sonsoles era tan intensa, que Diego Lucientes sintióse apenado. Consiguió sacarla de la alcoba...

En una de las antesalas estaban reunidos los tres médicos que habían asistido a la moribunda. Aconsejaron a Lucientes que persuadiese a Sonsoles a acostarse, y uno de ellos, con significativo ademán, hizo comprender al madrileño que volviese donde ellos estaban.

Sonsoles Ávila se dejó arropar dócilmente, y casi fué paternal el beso que Lucientes le dió en la frente. Creía hallarse frente a una niña desamparada; tales eran la aflicción y la congoja de la muchacha.

Lucientes regresó a la antesala, donde halló a los tres médicos aguardándole. Ninguno de los tres habló. Se limitaron a mirarle indecisos.

—Bien, señores—dijo impaciente el madrileño—. Mi sitio es junto a mi esposa. Vine porque creí comprender que deseaban hablarme. Supongo que para recomendarme que proporcione a mi esposa los calmantes que me recetarán como sedantes contra la pena que sufre. Pero las medicinas nada pueden contra los dolores del alma.

Uno de los médicos avanzó un paso.

—Tenemos que haceros saber algo muy grave, señor. No nos atrevemos a. decírselo a su Excelencia, y hemos pensado que vos, como yerno suyo, podríais, anunciarle con rodeos lo que nosotros...

—¡Repámpanos! Los rodeos y circunloquios son los vuestros, señores matasanos. ¿Os confesáis incapaces? ¿Dejasteis morir a una dama saludable? ¿O le administrasteis alguna pócima equivocada? ¡Hablad ya!

—Vos mismo habéis dicho sin querer parte de la verdad, señor—replicó levemente ofendido uno de los médicos—. La señora esposa de su Excelencia disfrutaba de una óptima salud.

—Anoche mismo durante la cena, ningún mal la aquejaba y hubiese apostado... de no intervenir vuesas mercedes... a que doña Olalla hubiese vivido cincuenta años más.

—Doña Olalla ha sido envenenada.

La corta frase de uno de los médicos, que hasta entonces había permanecido en silencio, sumió en estupor al madrileño.

Boquiabierto, parpadeó incrédulamente.

—¿Envenenada? Confesad más bien que hay dolencias que la ciencia no puede explicarse. Pero no queráis encubrir vuestra limitada ciencia con acusaciones monstruosas.

—Hay síntomas infalibles que no pueden engañar, señor. Todas las características febriles, los vómitos negros, la erupción de los tejidos, la localización del dolor... todo nos hace afirmar sin el menor género de dudas que doña Olalla ingirió anoche una fuerte cantidad de la incolora “aqua toffana”, el mortal veneno florentino.

Diego Lucientes pellizcóse el labio inferior. Una atroz sospecha se infiltraba en su mente...

—¿El Virrey ha sido informado?— preguntó.

—No nos atrevemos, señor. Por eso confiamos en que vos...

—Es vuestro deber, señores médicos. A él le podréis decir con todo aluvión de pruebas cuál ha sido la causa de la muerte de su esposa. Os acompaño, señores.

Más que una invitación fué una orden el tono autoritario con que habló Diego Lucientes. Él mismo abrió la puerta que comunicaba con la alcoba de Olalla.

Los médicos avanzaron silenciosamente hasta quedar tras la figura arrodillada de Genaro del Aguilar.

Las llamas de cuatro velones encendidos esparcían una vacilante luz en las cuatro esquinas del lecho mortuorio.

—Señor—dijo Lucientes, tocando en el hombro al Virrey—. Los médicos quieren anunciaros una desgraciada noticia.

—Más desgracia que la muerte de mi fiel y buena esposa, no puede haberla—dijo cansinamente el Virrey, levantándose.

Diego Lucientes le observaba con fijeza...

—¿Qué queréis decirme?—preguntó el Virrey.

—Vuestra esposa... Excelencia... ha sido envenenada—balbuceó uno de los médicos.

Genaro del Aguilar proyectó hacia delante una mano, como para rechazar una absurda visión.

—Todos los síntomas lo demuestran sin lugar a dudas, Excelencia—apoyó otro médico.

—¡No puedo creerlo! ¿Quién?.. ¿Quién podía tener interés en envenenar a mi mujer? A nadie hizo daño... Vivía retirada... ¡Os equivocáis, señores! —exclamó arrebatadamente.

Diego Lucientes no apartaba la vista del rostro del Virrey.

—Desgraciadamente, es la realidad, Excelencia—dijo uno de los médicos cabeceando tristemente—. Alguien ha envenenado a vuestra esposa.

Diego Lucientes abandonó la alcoba. Quería dominar el fiero impulso que sentía de arrojarse al cuello del hipócrita Virrey…

Sonsoles Ávila lloraba mudamente, cuando entró Diego Lucientes. Sus castaños cabellos esparcidos sobre la almohada aureolaban su frágil belleza aniñada…

En su pena de hija que había sufrido la pérdida más irreparable, Sonsoles Ávila, hacía olvidar a la arisca y perversa muchacha que enamoró al estudiante.

Y cogiendo una de sus manos, Diego Lucientes la besó con ternura…

CAPITULO VIII

El islote de los cuervos

Era un islote gris, rocoso, deshabitado. Fué antaño refugio de bucaneros franceses, pero hogaño sólo revoloteaban negros pájaros por encima de sus calas abiertas entre los acantilados.

A la luz del sol el sombrío islote perdía tenebrosidad, y Carlos de Ferblanc, andando junto a su padre por entre los riscos que conducían a una alta loma, sentíase con el ánimo del que visitase tierras inexploradas.

—Yo quisiera ver pieles rojas, padre. De esos que llevan plumas en la cabeza como me contaba "Medio-Brazo".

—No los hay en esta piedra perdida en el mar, hijo. Los únicos seres vivos son los cuervos.

Al llegar a lo alto de la loma, una macabra visión se ofreció a la vista del niño, que abrió la boca y dominando su miedo, pegó una patada en el suelo.

—¡Maldita sea! ¡Me asusté!

—Nunca temas a los muertos, hijo. Sólo los que respiran alientan malos pensamientos.

Un esqueleto arrodillado se sostenía por unos ramajes que caprichosamente habíanse insertado bajo sus clavículas. En el esternón aparecía clavado un garfio del que pendía una correa[4].

—Da miedo eso montón de huesos, padre. ¿De quién serían?

—Conozco su historia—dijo entrecerrando los ojos el Pirata Negro—. Hubo hace años un pirata malvado, que substituía el brazo

que le faltaba por un garfio de hierro. Era francés y se llamaba Héctor Curbec. Incendiaba ciudades indefensas, saqueaba y mataba sin piedad, pero lo que le costó la vida, fué el haber azotado a la mujer que otro pirata quería. Y en duelo a muerte el pirata

vengador le clavó su propio garfio en el hombro.

—Muy bien hecho. Y ¿cómo se llamaba el pirata bueno?

—No recuerdo, hijo. Hace ya muchos años de eso...

Desde lo alto de la loma, se veía la extensión azulada, desierta...

—Vuelve la espalda a estos huesos, Carlos. Mira al mar. Es azul como el cielo cuando está en calma. Es un leal enemigo cuando ruge. Pérfido cuando lame de fondo. Desconfía del que te adule, y no temas al que te grite su rencor.

—Desconfía del que te adule y no temas al que te grite su rencor —repitió el niño—. ¿Qué es rencor, padre y qué es adule?

—Rencor es la peor de las debilidades del hombre. Es odiar, es desear mil muertes a alguien, Adular es humillarse ante otro, prodigándole alabanzas inmerecidas.

—Más entendí las dos frases de ayer, padre. Las dos frases de mi lección.

El Pirata Negro frotó los crespos cabellos del niño.

—Son lecciones que puedo enseñarte, hijo, porque las aprendí en la escuela diaria. Repítelas, para que juzgue de tu memoria.

—Lo que a espaldas de alguien digas, debes estar dispuesto a repetírselo siempre cara a cara—recitó el niño sonriendo—. Y para vivir feliz, hay que decir en todos los lugares lo que uno siente y piensa.

—Bien, hijo. Pero también te dije que con ciertas cortapisas, con prudencia, con límites que se llaman educación, cortesía y galantería. Al pobre y al humilde debes siempre hablarles con respeto si no se te insolentan. Al rico y poderoso háblale primero con corrección, pero sin servilismo; y si se insolenta, cántale, las verdades; y si es preciso, abofetéalo y patéalo. Por cierto, hablando de pateaduras... A ti y al andaluz os voy a colgar por los pulgares y os voy a dar una solfa de latigazos si vuelvo a sorprenderos como anoche os sorprendí, jugando al naipe en la cala pequeña.

—No lo haré más, padre. Es que el chiclanero...

—El señor Curro Montoya—corrigió el Pirata Negro.

—El señor Curro Montoya me enseñaba a sacar el as de copas, siempre que se necesite un as de copas.

—Enseñanza muy provechosa para él, pero no para ti, mocoso. Pero eso no es lo que me preocupa. ¿Por qué crees que pegué una puñada en el rostro al señor Montoya, que aún le están doliendo los

dientes?

—Él dijo que tú eras el amo a bordo, en tierra y en el Universo.

—Habla como un hombre, hijo. ¿Qué te decía cuando yo llegué y mientras barajaba los naipes?

—Pues algo que no comprendí bien. Yo le preguntaba la diferencia entre los bandidos y los caballeros y él me contestó, que el bandido era el que robaba a los ricos y el caballero el que robaba a los pobres.

—Por eso se ganó el perder dos dientes. Un bandido, Carlos, es el hombre sin ley, patria ni hogar. El hombre que no tiene buena sangre ni buenos instintos. Un caballero es el hombre que no tiene buena sangre ni socorre a los desgraciados. Y yo quiero que tú, cuando seas mayor, seas el más cumplido de los caballeros.

—Si tú lo quieres, yo también... pero creo que el bandido se debe divertir más que el caballero. Repartirá puñadas, peleará siempre...

—Y muere solo, abandonado de toda asistencia cariñosa, execrado por todos... El caballero tiene esposa, hogar, hijos, paz y felicidad... Vámonos a bordo, hijo. El vuelo de esos pájaros me enerva.

Los cuervos trazaban en el aire grandes círculos negros, calmosos...

A cubierta del “Aquilón”, “Piernas Largas” mostraba hinchada la parte izquierda de la boca.

“Cien Chirlos”, apoyado en el pasamanos junto al andaluz, le oía sin comentarios.

—Yo no es que diga “na”. ¡Digo! ¡Ni “ná”, ni “ná”! Me dió un hocicazo bien dado porque me pilló jugando, al naipe con el chaval. Pero es que yo creo que al chaval hay que enseñarle de todo para andar por el mundo. ¿Tú qué dices, carota fea?

—Yo soy el padrino del chaval, y me parece muy bien que “él” te haya saltado dos muelas. Cuarenta te salto yo si te veo enseñándole trampas al chaval.

—Bien le enseñas tú las marrullerías de pelea.

—Esa es diferente. Pelear es tan necesario como comer... ¡Ahí viene “él”!

Cuando subió a cubierta seguido de su hijo, el Pirata Negro señaló a “Cien Chirlos” la cubierta del entrepuente.

—Llévate tu ahijado a las escalas. Que se encallezca las manos trepando, que así hará apetito, y ganará agilidad de pies. ¡Tú, chiclanero! ¡Ven conmigo!

Curro Montoya echó a andar tras el Pirata Negro entrando con él en la sala capitana. Sentóse Carlos Lezama con el ceño fruncido.

—Si hundes tu sucio pulgar en un pedazo de cera virgen, ¿qué ocurre, andaluz?

“Piernas Largas” miróse el pulgar y comprobó que ciertamente no estaba muy limpio. Le dejaba perplejo la mención de la cera virgen, pero, disciplinadamente, trató de imaginarse lo que sucedería si efectuase el gesto que decía “él”.

—Es de suponer, señor, que si hundo mi dedo en cera blanda, quedará un hueco sucio.

—Exacto. Y el cerebro de un niño es cera blanda y dúctil en el que quedan impresas las huellas sucias. Ayer sólo te rompí dos dientes, como aviso. Tus opiniones particulares de bribón, las reservas para ti mismo. Di: ¿quién es el primer bribón de a bordo?

“Piernas Largas” miró con cautela al Pirata Negro.

—Eso es. Yo soy el primer bribón de a bordo—dijo el Pirata Negro, siempre ceñudamente—. Porque os mando a todos vosotros. Pero cuando mi hijo está presente, procuro no darle malos ejemplos ni soltar palabras que inquieten su tierna imaginación. Un niño es un objeto de carne muy delicada, y nosotros, hombres, debemos aniñarnos al hablar con ellos. Quien pervierta a un niño es el único que nunca hallará en mí perdón, porque es el crimen más repugnante que puede cometerse.

—Perdón te pido, señor, si te hablo sin que me preguntes, pero yo quiero que sepas que al chaval... digo, al señor Carlos, le quiero como... no quiero a nada. Y mi lengua escupiría, mordiéndomela y arrancándomela, antes que decirle cosas que sólo los hombres pueden oír. Tan sólo hice mal en enseñarle a tirar el naipe, pero nada más me reprocho.

Levantóse el Pirata Negro y su diestra asió del cinto al andaluz atrayéndole hacia sí. Los dos rostros juntos se miraron en silencio. Al fin, el Pirata Negro dijo suavemente:

—Muchos son los años que llevas conmigo, Curro Montoya. Quisiera verte morir en pie y luchando como los valientes, y no a mis manos. ¿De cuándo acá viste que yo reproche a nadie una

acción sin saber lo que me digo, maldito tunante?

Los ojos de "Piernas Largas" bizquearon en su esfuerzo por rehuir la dura mirada de su jefe.

—Dime, lenguazas, ¿qué es para ti un bandido y qué es para ti un caballero?

"Piernas Largas" comprendió de pronto.

—Razón tienes, como siempre, señor, Le dije al chaval una cosa que te oí a ti un día decirnos. Comprendo que era cosa de hombres y que no tenía que repetírselo al mozo.

—Quien reconoce sus culpas, consigue medio perdón—y el Pirata Negro soltó al andaluz—. Entre nosotros podemos decir que un bandido tiene excusas porque somos bandidos, pero ante mi hijo un bandido es un ser repugnante, y un caballero es lo que él tiene que ser. Tenlo por dicho, chiclanero, y seguiremos teniendo la fiesta en paz. A otra cosa. ¿Qué noticias hay del que llamabas "Rompetechos"?

—Vino él mensajero diciendo que nada ocurría. Que el señor Lucientes iba por la mañana con su hija a bordo del bergantín, y por las tardes y noches a palacio con su esposa.

—Cumple sus dos deberes de padre y marido. ¿Estará enfermo? ¿Qué más noticias?

—La inglesa se hospeda en la posada de un gallego llamado Piñeiro. Vive recatadamente, y su fama es de honesta viuda de marino.

—¡Buenos vientos soplan por Puerto Rico! Bien; esta noche iré yo a despedirme de Mary Dear. Partiremos hacia otras latitudes. Me servirá de paseo. Dile al mensajero que le acompañaré en el lanchón esta noche.

—¿Órdenes para "Cien Chirlos", señor? ¿Deja el velero anclado?

—Que lo mantenga al pairo veinte millas al suroeste de la isla portorriqueña. Así será más corto mi viaje de regreso.

* * *

Ruperto Velasco no encontraba dificultades en su cometido. Sabía fingir una aparente respetabilidad que engañaba, mientras no se le conociera ni asomara su verdadero carácter.

Ocurrente a ratos, habíase granjeado la amistad de la soldadesca, con la que alternaba en francachelas que le encantaban, puesto que unía la diversión al deber, ya que obtenía loa informes

que deseaba.

A las dos de la madrugada, después de deslizarse por el monte, llegó a la cala señalada como punto de reunión con el mensajero encargado de llevar las nuevas al “Aquilón”.

Portador de un sable de abordaje de regulares dimensiones, que tenía que sujetar por la empuñadura bajo el sobaco, para que no le arrastrase, desenvainó dispuesto a repartir sablazos, cuando, en vez de la sombra del mensajero, vió en pie e inmóviles a dos siluetas.

—Avanza, “Ardilla”, y envaina—ordenó una voz que reconoció inmediatamente.

Envainó tranquilizado, y fué a cuadrarse ante el Pirata Negro.

—¿Sigue sin novedad el gallinero?

—Nada ocurre, señor. Tan sólo que al anochecer murió la señora mujer del Virrey.

—Feliz nueva para el señor Lucientes. Quedóse sin suegra. ¿Qué más?

—Todos los soldados me conocen ya y hacemos buenas migas.

—Esa es una noticia que demuestra tu arrogante fascinación, “Ardilla”, pero que de ninguna utilidad me es, puesto que no pienso apoderarme de la ciudad. De lo contrario, podrías servir para echarles narcótico en el rancho. Bien, valientes. Aguardadme aquí hasta mi regreso, no más allá del amanecer.

✲ ✲ ✲

La vida azarosa en la que había batallado Mary Dear la hacía poseedora de un sueño ligero, dispuesta siempre a despertarse precavida al menor roce.

Sin embargo, empuñó la pistola que reposaba encima de su mesilla de noche, instantes después de que el silencioso embozado, saltando por el balcón, se detuviera en el ventanal, apoyado en el umbral de la cristalera con los brazos cruzados.

—Acabáis con mi paciencia, señor— dijo secamente la inglesa, amartillando la pistola—. Antes, al menos entrasteis por la puerta; ahora saltáis por la ventana... Idos tal como habéis venido o de lo contrario os juro que os tiendo en el suelo. Tenéis hogar y esposa; ¿qué buscáis, pues, en la habitación de una mujer que nunca os pertenecerá?

—¡Tate! pasmado me dejas, Mary. ¿Qué demontres de discurso es ése?

Mary Dear dejó caer al suelo la pistola. Cubrióse los hombros con ambos brazos como si la voz del hombre que amaba, la hubiera estremecido repentinamente con su gelidez.

Carlos Lezama abatió el embozo de su capa y acercóse al lecho.

—Perdona si tuve que emplear este medio para venir a despedirme de ti, pero por las puertas no me dejan entrar más qué espada en mano.

—Al principio creí eras otra persona y a ella iban dirigidas las palabras que no podías comprender. Corres peligro, Carlos...,

—Y tú sigues aquí. Renuevo la oferta que te hice, Mary. Tienes a bordo un camarote, y te desembarcaré donde quieras. Pueden enterarse un día de quien eres... y los españoles las gastan fuertes cuando se alteran. No poseen la flema que te caracteriza, hija dé Albión.

—Mejor quisiera no haberte visto de nuevo, Carlos...

—No debí venir, pero en el fondo de mi alma hay un rescoldo que arde, Mary. Me reprocha que a ti, a quien deseo la libertad, te dejé...

—Por tu hijo acepté no ser tu esclava, Carlos. ¿Por qué viniste? Sin verte me dolía menos el saber que nunca podremos...

—¡Mal papel el mío, Mary!—rió el Pirata Negro—.Eres bella, y porque sé que hubieses podido ser buena, yo... Pero ¡demonios coronados!, no vine a hablar de eso. Dime, ¿qué tal se comporta contigo Diego Lucientes?

—Es mi amigo, porque lo es tuyo.

—Te equivocas, Mary. Quiere matarme.

—Y se mataría si lo consiguiera. Cuando te marchaste, el Virrey quiso obligarle a que te hostigara con su artillería, y él pretextó tener sus velas reparando.

—Es un aprendiz de marino y si se hubiese atrevido a intentar darme caza, le habría vuelto panza arriba su bergantín.

—Pero además es mi amigo, porque me defiende y habla bien de mí.

—Deber obligado de hombre que entiende la vida cuando lo quiere. No soy muy curioso de costumbre, Mary, pero ¿puedo saber quién es el saltarín que entra por tu puerta embozado y sin permiso?

—El Virrey—dijo con sencillez Mary Dear.

El Pirata Negro silbó con admiración.

—¡Tate con el marqués! Lástima que tenga que irme o le enseñaría a comportarse como un hombre decente… Y por cierto, si quieres, Mary, puedes ser la Virreina inglesa.

—Sólo por amor me entregaría. No por ambición… El Virrey tiene esposa.

—Tenía. Al anochecer ha quedado viudo. ¿No lo sabías?— añadió el Pirata Negro al ver la expresión de sincero asombro de la inglesa.

—Salgo poco. He decidido embarcar en el primer correo holandés. Volveré a Europa…

El Pirata Negro inclinóse, besándose los dedos que luego se aplicó a la frente y en el corazón.

—Usanza oriental, Mary. Estarás como un grato recuerdo en mis pensamientos y en mi alma. ¿Puedo desearte felicidad?

—Sólo tú podrías dármela. Por tu hijo, me resigno a no luchar e intentar vencer tu indiferencia hacia mí.

—¿Quién te dice que soy indiferente a tu belleza? Hablas más de lo que sabes, Mary. Pero aciertas al decir que, por mi hijo, vale más que nunca nos volvamos a ver. Adiós.

Y el Pirata Negro abandonó la alcoba rápidamente.

Mary Dear recogió la pistola que colocó de nuevo en la mesilla de noche, reclinóse contra la almohada pero no pudo ya recuperar el sueño.

CAPITULO IX

Un despertar desagradable

Mientras mantenía abrazada a Sonsoles, Diego Lucientes meditaba que, más que amar, en las sucesivas mujeres que trató sólo buscaba un ser indefenso a quien hacer objeto de ternura.

—Lamento que sea un dolor lo que te haya convertido en la niña que nunca debiste dejar de ser. Porque así, como estás ahora, siento que te quiero con toda mi alma.

—Me agradan tus palabras, Diego. En ti halla consuelo mi aflicción de hija. ¡Pobre madre! Ayer, aun reía a tus frases y ahora... Esta misma mañana me besaba....

—No pienses en ello, Sonsoles.

Pero el madrileño comprendió que debía ser él quien anunciase la tragedia. Si ella lo oyese de otros labios, le reprocharía no habérselo dicho.

—Escucha, Sonsoles. Me he impuesto una tarea ingrata. Quiero que me oigas sin perder el dominio de tus nervios. Lo que ha sucedido es irreparable y nada podrá devolver la vida a tu madre. Por tanto, por lo que a ti respecta como hija, nada varía el que tu madre haya muerto de una forma o de otra.

—¿Qué quieres decir?—y el abrazo de ella se estrechó.

—Ha sido torpemente envenenada.

Temblaron los brazos de Sonsoles.

—¡No! ¡No!

—Cálmate, criatura. Yo te lo he dicho porque tarde o temprano lo habrías de averiguar. Pero no debes...

—¡No puede ser! ¿Qué calumnia es ésa?

—Los médicos no se equivocan en este caso clarísimo de envenenamiento por "aqua toffana".

—Pero ¿quién pudo... quién...? ¡Mi pobre madre!...

Diego Lucientes, deseaba ardientemente apaciguar a la afligida muchacha. Pero todavía le quedaba lo más amargo por decir.

Sonsoles Ávila le miró de pronto, rompiendo el abrazo. Y Diego Lucientes leyó en los despavoridos ojos azules, que lo que creía que era un secreto que sólo poseía él, era ya la atroz sospecha que germinaba en la mente de la hija del Virrey.

—Cálmate, niña. Hay acciones horrendas que sólo tienen por instigador al diablo de las pasiones desencadenadas, las cuales desequilibran el juicio.

Ella arrojóse de bruces contra la almohada. Sus mudos sollozos eran una revelación. Había comprendido y compartía las sospechas de Diego Lucientes.

Sólo el Virrey podía tener interés en matar a Olalla Ávila...

—Duerme, Sonsoles, duerme.

Ella, siempre con el rostro oculto en la almohada, asió la diestra de Lucientes, y por espacio de varios minutos la mantuvo prietamente.

Después la presión cedió y oyóse el suspirar de un pecho fatigado y agotado por las emociones, que dormía...

El madrileño se levantó cautelosamente y andando sobre la punta de los pies abandonó la habitación, para entrar en la contigua.

Era un convenio entre los dos esposos. Alcobas separadas para que todas las mañanas, al despertarse temprano, Lucientes no desvelase a la durmiente.

Pero Diego Lucientes dirigíase al despacho del Virrey.

Quizás no lo hubiera hecho si hubiese visto la demoníaca y escalofriante sonrisa con que su subrepticia salida fué espiada por Sonsoles Ávila.

* * *

A solas en su despacho, Genaro del Aguilar trataba de coordinar las ideas. Por más esfuerzos mentales que hacía, no lograba desentrañar el misterio de la muerte de su esposa.

Cuando la puerta se abrió suavemente y entró Diego Lucientes, el Virrey, creyendo en una visita de condolencia, hizo un gesto cansado.

—Siéntate, Diego. Puedo tutearte ahora...

—Eso quiero. Porque hablándome de tú, podré hablarte con más claridad.

Algo raro en la voz del madrileño extrañó al marqués, pero le achacó a destemplanza por la noche pasada en vela.

Un lejano campanario desgranó los tres toques que señalaban las tres de la madrugada.

Diego Lucientes no se sentó. Manoseaba nerviosamente la guarda enjoyada de su espada.

—Al pesar que la muerte de Olalla me ha producido, debo añadir la ira que me atosiga el haber averiguado que ha sido envenenada.

—¡Hipócrita!

Fué una sola palabra, pero ejerció en el Virrey el efecto de un latigazo.

—¿Estás loco? ¿Qué has dicho?

—He dicho hi-pó-cri ta — silabeó duramente el madrileño—. Y solos estamos tú y yo, marqués. Contigo va. Te acuso de haber dado muerte infame a una pobre mujer bondadosa cuyo solo delito fué el de ser tu esposa.

El Virrey púsose en pie, con los dos puños crispados a la altura de su rostro.

—¡Vete! Quiero creer que lo sucedido te hace desvariar.

—Para comedias, los griegos, marqués. Ni tú eres Sófocles ni yo soy el asno de Balaam. Repito que te acuso de haber dado muerte a tu esposa para saciar tu maldita pasión por la inconquistable inglesa.

Genaro del Aguilar desenvainó con un grito de furor. Atacó impetuosamente al madrileño, quien con la misma saña, enzarzó su espada con la del experto Virrey.

—Voy a matarte—jadeó el Virrey congestionando el rostro, donde sobresalían las cicatrices de la frente y la mejilla. — Por monstruo...

—No hay más monstruo que tú, marqués—fué diciendo el madrileño a medida que iba acorralando al Virrey en una esquina de la sala—.Y porque soy un sin ley, voy a aplicarte mi ley.

Tendióse a fondo y su espada atravesó al marqués del Aguilar, quien soltó la suya abriendo los brazos en cruz.

Su cuerpo produjo al caer un sonido mate, que fué amortiguado

por la alfombra. Diego Lucientes limpió la hoja de su espada en la casaca del Virrey. Envainó y, agachándose, cogió por el cinto al caído.

Instantes después lo depositaba en un recoveco del pasadizo subterráneo que comunicaba el despacho con una salida exterior.

Cuando entró en su habitación, asomó 1a cabeza para ver si Sonsoles seguía durmiendo. La vió sentada en el lecho, sosteniéndose la cabeza con ambas manos...

—¿No duermes, niña?

—No puedo. ¿Dónde estuviste? Oí alejarse tus pasos... y me encontré de pronto, sola... sin nadie para protegerme...

Y la mujer se abrazó cariñosamente a su marido. Por encima del hombro del madrileño, era el rostro de una loca el que sonreía, mientras el ex-pirata iba diciendo dificultosamente:

—Perdiste a tu madre, Sonsoles... Nadie debe saber quién la mató. Y tú sola sabrás quién mató a tu padre... Yo. ¿Me odia?

—Que el Cielo le perdone— bisbiseó ella.

—Tuve que hacerlo, niña. Ningún Tribunal podía en la tierra enjuiciar al que fué un recto Virrey y que, enturbiada la mente por un extravío pasional, cometió el crimen de matar a una inocente. He ocultado el cadáver de tu padre en un pasadizo y achacarán su muerte a la misma mano misteriosa que mató a tu madre. Lo hago porque nadie debe saber que fué un Virrey español quien dió muerte a traición a su esposa española para conseguir el amor de una inglesa. Y ahora... duerme. Mañana al despertar, amanecerá un nuevo día.

Ella dejóse arropar sumisa y dócilmente. Y al irse el estudiante a la alcoba contigua, en los labios de Sonsoles Ávila renació la infernal sonrisa de su pérfido gozo ambicioso, que rozaba los linderos de la más perversa de las locuras...

Y cuando, media hora después, oyó la acompasada respiración de su marido, vistióse apresuradamente y abandonó el palacio.

CAPITULO X

El nuevo Virrey

Maese Piñeiro era el hombre de confianza de Sonsoles Ávila en el servicio especial que la hija del Virrey habíase organizado para estar al corriente de cualquier información de los hechos que sucedieran en la ciudad.

Por su cargo, Maese Piñeiro estaba siempre bien informado y eran de gran utilidad los informes que suministraba a la hija del Virrey, pero nunca, pensó recibir la visita de ésta, mediada la madrugada.

Sonsoles poseía una llave con la que llegó hasta el aposento donde el gallego dormía profundamente.

Maese Piñeiro, despertando en sobresalto, pidió excusas por la negligencia de su vestimenta, pero ella se limitó a exigir con impaciencia:

—¿Tienes la copia que te pedí?

—La obtuve, señora y me costó mucho trabajo, aunque aprovechando la ausencia del caballero...

—Entrégame el documento copiado. El tiempo apremia.

Instantes después Sonsoles leía, a la luz del candil, una copia del documento sellado por el Virrey General de las Indias Españolas, que decía:

"Por mandato en delegación y representación de la Magnífica Autoridad de Su Majestad Real, paso a ordenar a nuestro leal súbdito don Juan del Amo, vizconde de Huete, qué conservando en el mayor secreto su personalidad y misión se dirija a San Juan de Puerto Pico, donde averiguará si son ciertos los siguientes puntos:

"Que fue quemada la galera tras evadirse de ella todos los forzados. Que su cabecilla, un español apodado el Pirata Negro, se

apoderó de la ciudad, huyendo de ella sin más daños por incomprensible razón. Que de tales extremos el actual Virrey tenía obligación de informarnos detallada y cumplidamente. Que por cuál razón no lo hizo. Qué causa motivó el enlace matrimonial de su hija con un aventurero de malos antecedentes, hechos todos que, si son comprobados, constituyen motivos suficientes para ordenar la degradación de autoridad en la persona del actual Virrey, que será sustituido por el portador del presente y legalizado auto sellado con mi blasón y firma, a quien la máxima autoridad, en representación de la Magnífica Autoridad Real de Su Majestad".

"Dado en la Española a diecinueve de abril del año de gracia de mil setecientos nueve".

Sonsoles aproximó el papel a la llama y cuando cayó al suelo convertido en negra ceniza, lo pisoteó.

—Permanece en tu aposento, Maese Piñeiro. Te mandaré a buscar como principal testigo mañana al amanecer. Recuerda que ignoras por completo la verdadera personalidad del señor Juan del Amo.

Juan del Amo tenía una especial coquetería. Dormía con los cabellos apresados por una redecilla y su rostro aparecía cubierto por una pomada blanca y refrescante.

Los precipitados golpes que oyó en la puerta de su habitación, le irritaron porque consideraba que debía dormir nueve horas continuas sin alteración para conservar la lozanía de su cutis. '

—¿Quién osa turbar mi sueño?— gritó enfurecido.

—Abridme, señor. Os lo suplico.

La implorante voz femenina alteró la circulación de la sangre del hombrecillo. Quitóse rápidamente la redecilla, frotándose con la sabana el rostro. Saltó de la cama, cubriéndose el camisón con amplia hopalanda de terciopelo carmesí y totalmente desconcertado, fué a abrir.

El hecho de ver a Sonsoles Ávila precipitarse en sus brazos acabó de sumirle en el mayor de los embarazos. Sabíase guapo, pero nunca había sido objeto de un asalto femenino a su intimidad...

—Socorredme, caballero. Sólo en vos puedo confiar... Estoy sola, desamparada. Soy víctima del más cruel de los engaños y de la más trágica de las desgracias...

—Os aconsejo tranquilidad—balbuceó Juan del Amo.

—Vos sois un caballero y desde que os vi experimenté la mayor de las confianzas hacia vos, sin saber por qué.

—Confianza que espero merecer. Pero explicadme...

—¡Mi madre ha muerto envenenada! Y acaban de matar a mi pobre padre.

Juan del Amo tuvo que sentarse en el diván, de resultas de la sorpresa.

Sonsoles en pie, delicada plasmación del dolor más patético, siguió explicando:

—Me advirtieron cuando me casé... pero yo, ¡¡inocente de mí!!, creí en las engañosas palabras de ese monstruo de maldad que es mi marido. Un aventurero intrigante que, abusando de mi juventud y credulidad, planeaba apoderarse del Virreinato...

Sonsoles cubrióse el rostro con las manos... Juan del Amo corrió hacia su maleta, de donde extrajo, entre otros papeles, un pergamino sellado y firmado por la angulosa escritura real.

—Bien hicistéis en acudir a mí...

—Lo hice porque sólo a vuestro lado siento que estoy protegida. Porque vos sois bueno y no abusaréis de una indefensa mujer como yo.

—¡Válgame el Cielo que no! Habéis hallado en mí a vuestro más enérgico defensor. Que si mi talla es corta la suplo con valentía y donosura. Decidme, ¿sabéis quién soy?

—El caballero Juan del Amo, viajero que regresa a España.

—No, no, querida, niña... Perdonad mi afectuosa frase... Soy—y el diminuto caballero se empinó sobre la punta de sus zapatillas—el vizconde de Huete, delegado especial de Su Majestad. Con toda autoridad para hacerme cargo del gobierno de la ciudad.

Sonsoles Ávila abatió los brazos y su sorpresa fué tan clara, que Juan del Amo sonrió orgulloso del efecto que había causado.

—No temáis, querida niña. Vos y yo unidos, ajustaremos las cuentas al criminal que os engañó perpetrando los más horrendos crímenes en vuestras personas más queridas. ¡Torpe de mí, que os recuerdo vuestra aflicción!... ¡No lloréis! Venid a mis brazos...

* * *

Diego Lucientes quiso incorporarse, pero su reacción fué tardía. Cinco soldados le sujetaban a la vez por todo el cuerpo, mientras otro iba rodeando sus tobillos y su busto con una larga y delgada

cadena, cuyos eslabones encerró con sólido candado.

—I Repámpanos! ¿Qué maléfica jugarreta es esta?

—¡Ten la lengua, hediondo pirata! —gritó una voz.

Y en el umbral de la alcoba, majestuosamente cubierto por un empanachado chambergo, Juan del Amo triunfaba plenamente en su actitud de representantes de la máxima autoridad.

—¿Confiesas haber dado muerte desleal al Virrey?

Brutalmente puesto en pie por los soldados, Diego Lucientes miró de arriba a abajo al vizconde.

—¿Quién eres tú, mamarracho?

—El nuevo Virrey por facultad real, con documento que el juez principal de la ciudad ha comprobado. ¡Ríndeme vasallaje, malandrín!

—Que me suelten una pierna y te rendiré todo género de vasallajes, ¡enano!

—¡A la sala con él¡—aulló Juan de] Amo—. El verdugo le aplacará, como asimismo hará decir la verdad a la inglesa cómplice.

Diego Lucientes creía estar bajo los efectos de una pesadilla, pero los fríos eslabones hundiéndose en su carne, le demostraron que estaba desagradablemente despierto.



—¿Confiesas haber dado muerte desleal al Virrey?

—Llamad a mi esposa—ordenó a uno de los soldados, que se limitó como respuesta a dar un nuevo tirón de la cadena.

—¡Insensato! ¡Fementido audaz!— gritó Juan del Amo—. Invoca el nombre de aquella cuya pureza mancha tan sólo con citarlo. ¡A la sala, con él! ¡Llamad al verdugo!

CAPITULO XI

El Juez principal

La sala de juicios estaba iluminada por los candelabros colocados encima del rojo manto que cubría la mesa.

Diez soldados abríanse en semicírculo, adosados a la pared con sus alabardas. El juez principal y único magistrado para los casos de urgente resolución, sentábase a un extremo de la mesa.

AI otro extremo, abatida, Sonsoles Ávila, reclinaba la cabeza entre sus dos manos...

Juan del Amo pasó a ocupar el sitio destinado de ordinario al Virrey: el centro de la mesa...

Cercana al estrado, Mary Dear encadenada, estaba en pie, custodiada por dos soldados.

Cuando Diego Lucientes entró, su mirada pasó de Mary Dear a Sonsoles Ávila...

—...como último de tus delitos, te acusamos de haber dado muerte a dos soldados, inglesa — tronó Juan del Amo.

—Irrumpieron en mi habitación y me defendí, porque de ningún delito soy culpable.

—En uso de mis atribuciones y por los informes que poseo—dijo enfáticamente Juan del Amo—vas a ser juzgada, ¡Que aparezca el testigo principal!

Maese Piñeiro entró en la sala. Acercóse temeroso, hasta inclinarse profundamente ante la mesa del tribunal.

—¿Tu nombre?

—Jaime Piñeiro, para servir a Dios y a vuestras mercedes.

—¿Tu profesión?

—Soy dueño de la mejor posada de la ciudad.

—¿Conoces a esta mujer?

—Se alojaba en mi posada.

—¿Tienes indicio de que recibiera alguna visita señalada?

—Su Excelencia el Virrey... la visitó una noche.

—En la declaración anterior al señor magistrado presente, afirmaste haber oírlo la conversación,

—La inglesa dijo que no quería amores de hombre casado. Y su Excelencia el Virrey dijo, que sentíase capaz de todo con tal de “enmaridarla”.

—¿Reconoces ser cierto que la inglesa recibía visitas de otro personaje importante?

—El marido de la señora hija del Virrey... Varias veces, Y estaban en muy buenos términos. Y aludió el señor a piraterías...

—Retírate. Has cumplido — dijo Juan del Amo—. Podéis hablar, señor magistrado.

Diego Lucientes sentíase incapaz de pronunciar una sola, palabra. Era tan monstruosa la luz que invadía su cerebro, aclarándole muchos extremos confusos, que un abatimiento sin igual como nunca en su vida sintió, le mantenía petrificado como una estatua.

El magistrado, de buena fe y con la absoluta convicción de estar actuando en nombre de la más severa de las justicias imparciales, empezó su acusación, dirigiendo una mano hacia la inglesa que, en pie, escuchaba con indiferencia:

—Acuso a esta mujer de haber tramado la más infernal de las conjuras para apoderarse de la ciudad, en complicidad con el ex pirata Lucientes. Contaban para ello con que la muerte del Virrey, alzaría al citado Lucientes a la sucesión del Virreinato. Confiesa ser cierto cuanto digo, mujer.

Mary Dear alzó la cabeza, sin reto, con sencillez.

—Reconozco que el Virrey me requirió de amores, a los que me negué. Reconozco que me une buena amistad con Diego Lucientes y que nuestra fraternidad nada tenía de pecaminoso, por cuanto su propia esposa vino a visitarnos. Ahora bien, en cuanto a la conspiración de que se nos acusa, juro formalmente ser falsa.

El magistrado hizo una señal. Efectuada la acusación, no se podía continuar el juicio sin la confesión del delincuente reconociendo su delito.

Un rechoncho gigante, vistiendo calzas rojas y capucha del

mismo color, entró portando al hombro la vara insignia de su cargo de verdugo y ejecutor.

Tendió sin palabras a la inglesa sobre una mesa instalada en el centro de la sala, atando sus muñecas y sus tobillos con las correas que encuadraban la mesa de suplicio.

—¡Deteneos! —exclamó Lucientes saliendo de su marasmo—. Esta mujer es por completo ajena a cuanto se habla. Yo estoy aquí para responder de lo que queráis...

¡Calle el acusado!—bramó Juan del Amo—. Verdugo, cumple lo ordenado.

El verdugo removió unas tenazas en un hornillo de carbones incandescentes, cuyos rojizos resplandores iluminaron el blanco cuerpo tendido en la mesa..

—Confiesa, mujer y te evitarás el suplicio que la ley ordena—decretó Juan del Amó—. No me place tal medida, pero si persistes en tu insensata negativa...

—¡Soy inocente de lo que me acusáis!—gritó Mary Dear.

A la señal del vizconde, Diego Lucientes cerró los ojos estremecido por honda furia.

El verdugo aplicó la tenaza enrojecida en la planta de los pies de Mary Dear. Un acre olor a carne quemada se difundió por la sala...

* * *

Ruperto Velasco “el Ardilla” acababa de contar una anécdota que hizo prorrumpir en exclamaciones de protestas a los soldados de la guarnición.

—¡Embustero presumido!—rió uno.

—¡Farsante!—acotó otro.

Estaban tomando el desayuno y Ruperto Velasco con gesto digno, se levantó.

—Tampoco me creyeron los de la guarnición de Vieques. Y es cierto cuanto os digo. Puesto a trabajar, puedo pasarme días y noches sin dormir. Ponedme a prueba...

—Vete enhoramala, cuentista.

Ruperto Velasco salió precipitadamente. Arrastraba su sable de abordaje por las calles, cuando se detuvo indeciso.

Un alférez larguirucho y granujiento, de rubios cabellos apanochados y ojos desvaídos, iba a su encuentro.

—Buenas mañanas, señor Alférez Andrés. ¿Cómo tan pronto en

pie?

—Ocurre algo misterioso—dijo pensativo el joven militar— Y voy a informar al juez militar.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—No creo. Hasta hoy, la única ayuda que de ti he recibido ha sido la deuda que me tienes de cuarenta doblones.

—Quizás si me contaséis vuestras cuitas pudiere remediarlas yo...

—¿Vas a lograr que despierten mis hombres? Todos duermen como troncos. Como si hubiesen ingerido narcótico...

Ruperto Velasco desenvainó su monumental sable, agitándolo amenazador.

—No déis un paso más, Alférez Andrés, o sentiré teneros que dar un sablazo. Soy un infame, soy un infeliz. Me acuso de haber narcotizado a las tres guarniciones echándoles hierba del monte en el rancho de desayuno. Soy un sinvergüenza. Abusé de la amistad con los rancheros...

El joven alférez parpadeó asombrado y su asombro sirvió al pirata para golpearle brutalmente de plano en plena nuca.

Al caer el militar, Ruperto Velasco lo ató concienzudamente, ocultando el desvanecido cuerpo en un pajar cercano. Iba a marcharse, pero regresó y registrándole los bolsillos, 1e dejó sin blanca.

Silbando alegremente se sintió el héroe de la jornada. Había cumplido al pie de la letra, menos con su último acto, las instrucciones recibidas del Pirata Negro.

✲ ✲ ✲

—¡Cesad de atormentar a esta mujer!—gritó Diego Lucientes cuando el verdugo se disponía a quemar el otro pie—. Yo confesaré.

El magistrado hizo una, señal y el verdugo depositó las tenazas en el hornillo, mirando a la desvanecida inglesa.

—¿Reconoces haber dado muerte al Virrey?—preguntó Juan del Amo.

—Lo maté en duelo. Porque creía que era él quien había envenenado a su esposa. Y prefiero creerlo así a que sea verdad lo imposible. La acción que ningún ser humano puede cometer...

—Contesta únicamente a mis preguntas—atajó Juan del Amo—. ¿Reconoces haber envenenado a la esposa del Virrey?

—Podéis tenderme en la mesa y quitar a la inglesa. Yo berrearé más fuerte y os entretendré más. Pero confesar lo que no he hecho, sería estúpido...

—Magistrado—dijo Juan del Amo—. Acusad al delincuente.

El juez principal se levantó y repitió su gesto de señalar al objeto de su discurso.

—Acuso al ex pirata Lucientes, de haber planeado el apoderarse de la ciudad, matando a sus Excelencias para el logro de sus propósitos. Lo planeó desde el momento en que engañando a doña Sonsoles...

Por tres sitios distintos resonaron sendas explosiones. El repentino ruido enloqueció a los soldados que acudieron en tropel a detener la avalancha que se colaba por las puertas derribadas...

Los piratas en crecido número, lucharon cuerpo a cuerpo...

Resonó una estridente carcajada y cuando los soldados yacían en el suelo desarmados y maniatados, Carlos Lezama avanzó hacia la mesa del tribunal con los puños en las caderas.

Cien Chirlos acogotaba con gran placer al verdugo... Piernas Largas, obedeciendo también la orden recibida, colocóse a espaldas de Sonsoles espiando sus menores movimientos.

Juan del Amo desenvainó nerviosamente, mientras el viejo magistrado quedábase sentado, absorto... El puño derecho de Piernas Largas se abatió sobre la cabeza de Juan del Amo que volvió a caer sentado en el sillón.

—En todo juicio, ha de oírse la voz de la verdad—dijo el Pirata Negro.

Sus piratas eran ahora los que, desplegados en semicírculo, rodeaban la sala. Alzóse del suelo Cien Chirlos, escupiendo sobre el verdugo sin capucha que ostentaba un rostro pulposo...

El Pirata Negro señaló a Mary Dear, que seguía desvanecida.

—Llévala a bordo, guapetón. Cúrala.

Diego Lucientes avanzó encadenado hacia la mesa del tribunal. Adosó sus amplias espaldas contra el reborde y miró al Pirata Negro.

—Vuelves la espalda a tu esposa, señor Lucientes—dijo Lezama sonriente.

—No ordenes que me quiten las cadenas, señor Lezama. Podría matarla.

—Todo juicio ha de ser asistido por la más recta ecuanimidad, “Medio-Brazo”. Y yo soy el juez principal. Te acusan de envenenamiento y de ser una mujer tu víctima. Eres quién eres, pero nunca cometerás tal delito. Preferirás envenenarte con los besos del mayor engendro perverso que la tierra ha creado. Pero sí te acuso de no saber moderar tus pasiones, estudiante. Bien sabías que esta mujer era culpable de la muerte de dos hermanos.

Sonsoles Ávila mostraba un rostro desprovisto de toda feminidad. El fracaso de sus planes, cuando se hallaba tan cerca del triunfo, retorcía sus faetones confiriendo a su semblante agraciado unas muecas de diabólica felicidad...

Juan del Amo abrió los ojos, para encontrarse atado al sillón.

—¡Desacato a la autoridad Real! —gritó—. Liberadme o seréis convictos de rebelión y malos tratos en la persona que representa al Rey.

—¡Pobre Rey¡—comentó el Pirata Negro—. ¿Quién es este perrillo ladrador, “Medio-Brazo”?

—¡Soy el sucesor del Virrey y represento su autoridad!

—Hablarás tan sólo cuando yo te pregunte, gigantón—dijo con dureza el Pirata Negro—. La única autoridad que hay en todo Puerto Rico es la mía. Por vez segunda soy yo el Virrey, y no quiero serlo más que por unas horas. Tengo demasiada categoría para descender a tan humanos y vanidosos cargos. Contesta, representante del Rey, ¿por qué diste tormento a una pobre mujer?

—Es cómplice del pirata Lucientes y juntos planearon el envenenamiento de la esposa del difunto Virrey.

—¡No dices más que necedades! Hablad vos, señor magistrado. Tenéis canas y semblante enjuto de hombre de leyes.

Sentóse el Pirata Negro en el borde de la mesa de suplicio. Una de sus botas tenía por asiento el estómago del verdugo. La otra balanceábase indolentemente.

El magistrado se levantó. Señaló con la mano al Pirata Negro.

—Te acuso de haber violado un acto judicial. Te acuso de...

—Os pedí que hablaréis sensatamente, señor juez. Ved que en la sala los únicos alabarderos son mis hombres. Aprended que las guarniciones duermen beatíficamente per efectos del narcótico que un ayudante mío vertió en sus ranchos. Podría, si bien quisiera, arrasar la ciudad y calentarme las manos con el fuego, para después

vaciar los cofres. Pero por caprichos de mi temperamento sólo quiero justicia. Es decir, invado vuestro terreno. ¿Qué pruebas tenéis contra el señor Lucientes?

—Las declaraciones de su propia esposa. Además el agua envenenada se la sirvió el propio Lucientes, que extremaba pérfidamente sus atenciones para con la pobre difunta. Si te hablo como a un igual, pirata, es porque en otra ocasión demostraste una incomprensible generosidad.

—Procurad que no os demuestre mis resabios de pirata, señor. Os hablo correctamente. Replicadme lo mismo, que somos iguales. La prueba que presentáis contra el señor Lucientes es carente de valor. Yo os puedo dar un puñal de punta envenenada y vos, si lo ignoráis, al causarle un rasguño al ser que más queréis no seréis por eso culpable de su muerte. ¿Qué pruebas más tenéis?

—Visitaba a la inglesa de la que estaba enamorado el Virrey.

—Si visitar a una dama es delito, vos y yo merecemos mil muertes. Decidme ahora qué pruebas tenéis contra la inglesa.

—Fomentó el amor insano de un hombre recto y honrado.

—No quiere quien es incitado a ello, sino quien alberga insanas pasiones. Las negativas acrecientan el amor de los seres que tienen poco amor propio. En conjunto, no decís más que vaciedades. Con tales pruebas, igualmente podriáis acusar a esta criatura.

Y el Pirata Negro señaló a Sonsoles Ávila.

—Vedla. Es todo candor. ¿Quién puede acusarla? ¡Yo!

—Tengo que aclarar algo que desconocéis—dijo Sonsoles levantándose y en una última tentativa, por defenderse—. No quise revelar la verdadera personalidad de quien envenenó a mi madre. Pero mi esposo lo supo adivinar. Y yo misma, luego, comprendí porque la noche del crimen vi a mi padre verter un líquido incoloro en la jarra de agua empleada por mi madre.

Y dejose caer abatida, como si aquella confesión hubiese agotado sus fuerzas.

—¡Pobre niña!—silabeó el Pirata Negro—. Debe de ser horrible tener que acusar a su padre... que no puede defenderse porque es un cadáver. Sigamos nosotros, señor juez, ¿cuál es vuestro principal testigo acusatorio?

—Maese Piñeiro, el posadero, que presenció y oyó varias conversaciones.

El Pirata Negro hizo un ademán, entró en la sala el gallego atado entre tres piratas.

Más que empujarlo, lo arrojaron a los pies del Pirata Negro. El gallego cayó arrodillado sobre el verdugo.

Carlos Lezama le cogió per el cuello, obligándole a ponerse en pie.

—La costumbre judicial quiere que primero se acuse y después se proceda a tortura si el acusado se encierra en la negativa de no querer confesar. Procedimiento estúpido, porque el hombre listo antes que ser torturado y tener que confesar a la fuerza, hablará, acusándose de todos los delitos posibles para evitar inútiles tormentos. ¿Eres listo, maese Piñeiro?

—No sé nada, señor... Yo...

Un brutal manotazo del Pirata Negro tendió sobre la mesa al mesonero.

—Ven acá, "Carnecruda"—ordenó.

Un pirata de rojizo semblante hirsuto adelantóse.

—Híncale a este estúpido una tenaza en la oreja izquierda. Después en la derecha...

—Yo... hablaré, señor. ¿Qué queréis saber?—preguntó ansiosamente el gallego, mantenido inmóvil por la férrea presión de la mano del Pirata Negro sobre su cuello.

"Carnecruda" removía las tenazas en el hornillo...

—Quiero saber todo cuanto tú sepas, maese Piñeiro. ¿Por cuenta de quién espiabas?

—La señora hija del Virrey me pagó para que la informara de cuanto ocurriera en mi posada. Me hizo prometer que no diría que me ordenó registrar el equipaje del señor del Amo y sacar copia de los documentos que acreditaban su personalidad.

Juan del Amo miró furiosamente a la hija del Virrey.

—¡Mentisteis, pues, señora, al decir que no sabíais quién era yo — gritó ofendido en su amor propio de conquistador.

Iba comprendiendo que en aquella absurda escena de la invasión pirata alentaba un fondo de verdad, que se reflejaba en las palabras del cabecilla. Había sido juguete de la muchacha, que...

—Buscaba en ti un futuro esposo —comentó el Pirata Negro—. Sería Virreina. Atiéndeme, gallego. Cuanto has dicho ante el magistrado, ¿quién te ordenó lo dijeras?

—Palabra por palabra, ella—y el posadero señaló a Sonsoles.

—¿Empieza a flaquear vuestra convicción, señor juez?—preguntó el Pirata Negro.

—Necesito pruebas. No puedo creer... Además, Diego Lucientes reconoció haber matado al Virrey. ¿No es así, acusado?

—Lo maté en duelo.

—Que nos lo demuestre el muerto.

Y al terminar de hablar, el Pirata Negro hizo un ademán. Sostenido entre dos piratas, pálido, y con vendajes sangrientos en el pecho, entró e. Virrey, marqués Genaro del Aguilar...

El grito de Sonsoles Ávila escalofrió a los piratas, habituados a las peores escenas sangrientas...

En pie, derribando en su frenético ademán el candelabro, que cayó a sus pies, Sonsoles Ávila quiso retroceder...

Pero se quedó quieta contenida en su huida por las dos manos que el andaluz Piernas Largas apoyó en sus hombros....,

Diego Lucientes miraba al Virrey como quien viese a un aparecido...

—Encontré su cuerpo en el pasadizo al venir hacia aquí—explicó el Pirata Negro—. Su herida es grave pero no mortal. Puede hablar. Puede rebatir la acusación que su hija...

—¡Mentí! — gritó riendo salvajemente la aludida—. No fué él... Fuí yo... Sabía que Diego Lucientes... sería acusado... porque retaría a...

Truncó sus frases de locura en un repentino alarido... No era la mirada fija de su padre en ella lo que motivó su grito infrahumano... Unas llamas la aureolaron... El candelabro al caerse había prendido el fuego en los vuelos de su vaporoso vestido....

El andaluz apartóse buscando algo con que apagar las llamas que rodeaban el grácil cuerpo de Sonsoles Ávila...

Ella corrió alocada, y el viento que levantó en su frenético deambular, hizo que las llamas se agigantaran hasta convertirla en una antorcha humana...

Todo transcurrió en escasos momentos...

Cuando Piernas Largas acudió con una tapiza para sofocar las llamas, Sonsoles Ávila era ya una llagada agonizante, retorciéndose entre chamuscadas heridas, con la muerte más dolorosa...

El Virrey cayó de rodiles...

—Nada me queda por hacer aquí— dijo secamente el Pirata Negro—. Retirada a todos vosotros. A bordo.

Los piratas fueron abandonando la sala disciplinadamente para entrar en los pasadizos...

Diego Lucientes miraba hacia lo alto, no queriendo contemplar los restos quemados de la mujer más perversa que había conocido...

El Pirata Negro forcejeó por unos instantes con sus cadenas.

—¿Te queda algo por hacer en Puerto Rico, “Medio-Brazo”?

—¡Irme! Lejos... donde olvidar...

—Olvidarás pronto, “Medio-Brazo”. Esa es tu fortuna, y la mía. Pasamos por el dolor dejando retazos de alma, pero...olvidamos, pronto. Dejemos a la justicia terrenal que aclare cuanto quiera, que ya otra justicia más alta señaló con su dedo de fuego a la culpable...

Diego Lucientes siguió tras el Pirata Negro. Entraban en el pasadizo, cuando murmuró:

—¿Dónde piensas ir, señor Lezama?

—Al islote Verde.

—¿Puede mi bergantín anclar en el islote Verde?

—El mar es ancho, y nuestros dos barcos caben perfectamente en el islote Verde.

Cuando llegaban donde el pasadizo se bifurcaba, Diego Lucientes volvió a murmurar:

—Ha sido increíble...

—¡Olvídalo!... Piensa en tu bija.

—Por ella nunca debí...

—Tuviste el buen juicio de dejarla a bordo, lejos de la influencia de la mujer que elegiste por nuevo amorío. Procura que en tu próximo enamoramiento, Gabrielle siga libre de toda contaminación...

—Gracias, señor. ¡Siempre me salvas la vida...

—Deuda saldada, madrileño. Tú salvaste mi velero a costa de tu medio brazo.

—¿Puedo... puedo venir a tu bordo cuando anclemos en el islote Verde?

—A la arribada, ven con tu hija. Mi cachorro la echa de menos. Hasta la vista, “Medio-Brazo”.

—Hasta pronto, señor.

EPILOGO

El “Aquilón” navegaba airosamente rumbo al norte. La configuración de la isla portorriqueña quedaba muy atrás...

Varias millas a la zaga del velero, un bergantín seguía el mismo rumbo.

Mary Dear había sido eficazmente atendida por Cien Chirlos. El pirata había macerado en alcohol distintas hierbas resecas que extrajo de un bolsón de su uso particular, asegurando que aquel “emplasto” sanaría las hondas quemaduras del pie torturado.

Mary Dear aspiraba con deleite la brisa que penetraba por el abierto ventanillo. Había navegado en muchos barcos, pero se le antojaba que en ninguno tenía la brisa marina, aquel aromado matiz de limpia pureza...

Tendida en la litera, limitóse a sonreir cuando entró el Pirata Negro. Éste se acercó y, sin palabras, quitó el vendaje colocado por Cien Chirlos. Examinó la llaga y volvió a sujetar la maceración de hierbas salutíferas y balsámicas.

—A lo sumo una semana sin poder andar, Mary—comentó sentándose en un escabel junto a la litera—. Te predije que el quedarte en Puerto Rico no te reportaría ningún bien.

—Estoy en tu velero.

—Peor mal, aun, que tu pie llagado. Yo no soy un santo, Mary. Tú eres demasiado bonita y riéndote continuamente, aprecio en ti mayores cualidades.

—Muy lejos estoy de ser yo tampoco una santa...

—Tú y yo, reconociendo nuestra mísera condición, nada arreglamos, Mary. Y a mi bordo no puedes quedarte. ¿Dónde deseas ir?

Mary Dear señaló por el ventanillo con vago ademán.

—Donde quieras dejarme.

—Tu conformidad casi indiferente es muy británica, Mary. Casi insultante para mí.

Mary Dear se incorporó, serio el semblante.

—Si no te quisiera tanto, te odiaría, Carlos. No te burles de mi aciago infortunio.

—No puedo burlarme de ti, puesto que soy el primero en burlarme de mí. Hay sencillez en tu belleza, Mary; la misma que alienta en tus palabras. Quiero imitarte. Con sencillez rotunda, sólo puedo decirte: antes debimos conocernos. Hoy es tarde para intentar olvidar nuestro pasado. Repito, ¿dónde deseas ir?

—Donde mejor convenga a tu ruta. Gracias por haber intervenido en favor de mis pies.

El Pirata Negro sonrió ante la oculta intención irónica.

—No pude hacer más, Mary.

—Pudiste evitar que en mi corazón exista esa llaga que ninguna hierba puede curar, tú que tanto usas de ellas.

—¿Pudiste tú evitar que el Virrey se enamorara de ti? Me complace en mi monstruosa vanidad, saberte bien dispuesta hacia mí, Mary. Pero no es amor. Es testarudez inglesa. Estáis demasiado acostumbrados en tu nación a que se os obedezca en todo y…

—¿Puedo suplicarte que me dejes sola?

—Tus deseos son órdenes para mí. Pero no quisiera que nos separásemos ofendidos. Como amigos, ¿quieres estrechar mi mano?

—No. Mentiría, ya que no puede tener amistad para ti quien te ama. Vete.

—Así hablaría la reina a su vasallo. ¿No dispones de palabras más amables?

Y lo que ocurrió de pronto, molestó sobremanera al Pirata Negro.

Mary Dear fingía mirar por el ventanillo, pero en su perfil fueron visibles las mudas lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Carlos Lezama salió del camarote…

Desde cubierta divisábase los contornos del islote Verde y al amanecer el “Aquilón” quedaba anclado en una bahía desierta, donde poco después se le reunía el “Madriles”.

En el castillete de proa, Carlos Lezama aleccionaba a su hijo.

—Viene “Medio-Brazo” con Gaby. ¿Cómo recibirás a tu

amiguita?

—Un abrazo y por hoy la dejaré que sea jinete. Pero mañana ella será caballo.

—Jaquita, hijo mío, jaquita. Hay que ser galantes y corteses. Y a "Medio-Brazo", ¿qué piensas decirle?

Remolón, el muchacho agachó la cabeza, con el ceño fruncido.

—Creo que te he preguntado algo, caballerete.

—Le diré que si vuelve a pelear contigo, yo pelearé con él.

—Eso os lo callaréis, ¡maldita sea el desfacedor de entuertos! Pienso darte a leer una obra intitulada "Don Quijote de la Mancha", en la que abundan los sanos consejos. Y entre otras cosas de buen juicio, aprenderás que los hijos nada tienen que hacer en los asuntos de sus padres, sino que es a la inversa.

Diego Lucientes, llevando en su brazo a Gabrielle, que miraba por todos lados ansiosamente, subió a cubierta del velero.

Carlos Lezama avanzó a su encuentro seguido por su hijo.

—Bienvenido, señor Lucientes. Tiempo ha que no se te veía. ¡Bella mocita llevas a bordo! Creo que la conozco.

Gabrielle Lucientes tendió sus dos brazos riendo gozosamente. Pasó a los brazos de Carlos Lezama.

—¡Malo...!—bisbiseó la niña al oído del Pirata Negro—. Siempre te vas y... ¡Hola, Carlos!

—¡Hola—replicó el muchacho hoscamente.

Diego Lucientes agitó su única mano en dirección a Carlos de Ferblanc.

—Estás bronceado y muy fuerte, buen mozo. Pronto llevarás espada.

Aquello tuvo la virtud de iluminar el rostro del muchacho.

—¡Hola, "Medio-Brazo"! ¿Espada de dos trinchantes y punta afilada que mate de verdad?

—Sigue brutísimo—opinó desdeñosa Gaby.

—¡Ea! ¡Porque me gusta!—vociferó Carlos.

—¡Gran cordialidad reina en las bajas esferas!—dijo el Pirata Negro, apeando a la niña—. Oidme, caballero, ¿cuál es el saludo de un cortés y educado varón cuando se halla ante una dama?

—A vuestros pies—murmuró Carlos de Ferblanc inclinándose a regañadientes—. Soy vuestro rendido y humilde servidor.

Gabrielle Lucientes hizo una reverencia...

—Beso vuestra mano, caballero. Y ante vuestra fineza mi corazón os rinde de “platosía”.

—Pleitesía, hija—corrigió Lucientes—. Te dije por el camino que era pleitesía.

—Es tonta—opinó el muchacho con hondo convencimiento—. ¿Vamos a jugar, Gaby? Tengo un sitio en cubierta alta donde se rueda muy bien por el madero.

—¿Podemos, señor Carlos? —preguntó Gaby.

—Allí tenéis a vuestros padrinos. Id con ellos.

Al alejarse los dos niños cogidos de la mano y riendo alegremente, el Pirata Negro señaló las escaleras que conducían a la sala capitana.

—¿Me haces el honor de precederme, señor Lucientes?

—Me gusta más que me llames menos ceremoniosamente, señor Lezama.

Ambos echaron a andar sentándose poco después en la sala capitana, uno frente al otro.

—¿Una copa de vino?—ofreció Lezama.

—¿Quién puede negarse? En el vino está la verdad.

—Largo tenemos que hablar, estudiante. Demos por olvidado cuanto ha pasado. Sólo debemos conservar el recuerdo de aquello que nos es grato. ¿Cuál es tu próximo rumbo?

—Seguir la estela de tu barco.

—Creo que si dejásemos de vernos, evitaríamos el pelear. Muchas veces te dije que éramos demasiado semejantes. Eres, como yo, un bribón pendenciero. Eres, como yo, un insolente perdonavidas. Y, como yo, eres demasiado inteligente. No hay sitio a mi bordo para ti.

—Tengo un bergantín. Puedo navegar cerca de ti.

—Si sólo hubiese mar y cielo, seríamos amigos, madrileño. Pero hay mujeres. Y no creo acusarte en falso si te digo que te enamoras con la rapidez de un rayo fulgurante...

—¡“Mea culpa”.! En el pecado hallo el castigo.

—Poco entiendo de mujeres, porque soy inteligente, Diego, pero creo que la belleza física y la belleza moral de la mujer consiste en la sencillez, sin provocación ostentosa. Gracia en la figura. Belleza que tengamos que aquilatarla, casi descubrirla, porque al principio se nos escapen sus matices. Busca en la mujer un hondo sentido

natural, sin afectación. Un aliento de salud anímica, un aristocratismo popular de ansia de dignificación. Una gozosa claridad en el semblante. No importa el color de los ojos, si tienen húmedo brillo dé pétalos. Una boca gozosa siempre con algo agradable que decir. Un espíritu sensible. Unas manos esbeltas de largos dedos acariciantes. Pero nada de lánguidas bellezas delicadas como anémonas enfermizas que sólo crecen en pantanos putrefactos... sean marquesas o no... Busca una mujer como te he descrito, para que sea la madre de tu Gaby.

—¿Y dónde está esa mujer?;Que me la traigan...!

El Pirata Negro rió con sonora carcajada. Diego Lucientes sonrió.

—Ambos la buscamos, Lucientes. La encontraremos. Pero, mientras, sigue en pie un problema: nuestros hijos.

—¡Gran problema! No quiero separarme de Gaby.

—Y sigues bebiendo y recitando poesías a la luna.

—Tú sigues peleando y en el mar.

—¿Qué enseñanzas das a tu hija?

—Lee y escribe ya su nombre,

—Mi hijo también. Pelea ya como un bergante.

—Ella sabe recitar poesías.

—¡Buen bagaje! El árbol cuando crece está amenazado por el menor soplo, que puede torcer su tronco. ¿No somos tú y yo dos vendavales?

—¿Dónde quieres llegar?

—A una verdad. Si consientes en separarte de tu hija, yo me separaré de Carlos. Por pocos años. Los suficientes para que crezcan al amparo de toda mala influencia.

—Los hijos deben estar siempre junto a sus padres.

—Tú lo has dicho. Sus padres... ¿Dónde está el cariño de mujer que derrame sobre ellos la bendición de una mano ejemplar?

—Gaby quedará conmigo. .

—Vete, pues, con tu bergantín. Y si algún día nos encontramos, puedo equivocarme y largarte alguna andanada que te envíe a servir da pasto a los peces.

—Dame otra copa, ¿quieres? Tus argumentos persuasivos me dan sed.

El Pirata Negro escanció otra copa de vino. Bebió él también.

—¿Y dónde dejaríamos a nuestros hijos mientras hallásemos ese

don del cielo que antes describiste?

—Para mi hijo es fácil. Conocí una vez un fraile. Era franciscano, y me hizo sentir toda la pena de no saber ser místico. Son hombres varoniles. Saben pegar y saben rezar.

—Nada tengo en contra de esos buenos frailes. Siempre los admiré porque lo dan todo y sólo reciben injurias. Quedaría, pues, tu hijo en buenas manos. Y para mi hija ¿qué solución ofreces?

—Una granja en el campo. Robusta campechana granjera que la alimente bien y sepa darle palos cuando los merezca. Puedes darle profesores. Y si estuvieran ambos niños podrían verse los domingos.

—Los domingos, jueves y martes, ¿no? Bien. En el fondo, comparto tu parecer, aunque me cueste separarme de ella.

—Podremos verles siempre que queramos. En nuestros barcos siempre corren peligro, tanto moral como físico.

—Quien nos oyera hablar, nos daría saya y sandalias, tonsurando nuestras melenas.

—Estamos los dos solos. Por eso te hablo así, que a nadie más le importan nuestros quebraderos de cabeza.

—Ya pueden quebrarnos la cabeza sin que nos preocupemos. Ellos tendrán una educación… que nosotros no recibimos.

—Fuiste estudiante de Leyes, madrileño.

—Pero torcí el tronco.

—Evitaremos que eso les suceda a los nuestros. Y ahora, sí: Ahora, tu bergantín navegando con mi velero, formarán un bello espectáculo. Pero ni quiero darte órdenes, ni nada tienes que ver conmigo. Sigues mi estela si te apetece…

—Reacio eres a hablar de sentimentalismos, señor Lezama. Yo también. Pero he olvidado ya las negruras recientes, porque me has perdonado.

—Te he perdonado ¿qué?

—Yo quería matarte…

—¿Si? No me acuerdo. Lo soñarías. Sería el engendro de alguna borrachera.

—Te pido excusas… y déjame de, nuevo ser tu amigo.

—¡Ah!… Pero ¿hemos sido amigos tu y yo?

Levantóse el Pirata Negro… Las dos diestras se fundieron en estrecho apretón…

Y las dos carcajadas resonaron idénticas…



FIN

Notas

[1] Véase *Esclavitud y rescate*. <<

[2] Véase *Cien vidas por una*.< <

[3] Véase *La tumba de los caballeros*. <<

[4] Véase *Brazo de Hierro*. < <